KAFKA

El buitre

La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas

dirigida por Jorge Luis

BAJA EBOOKS .com

La elaboración, en Kafka, es menos admirable que la invocación.

El argumento y el ambiente son lo esencial; no las evoluciones de la fábula ni la penetración psicológica. De ahí la primacía de sus cuentos sobre sus novelas; de ahí el derecho de afirmar que esta compilación de relatos nos da íntegramente la medida de tan singular escritor.

Jorge Luis Borges

Franz Kafka

El buitre

La Biblioteca de Babel - 17

ePub r1.0
orhi 04.09.14

Títulos originales: *Der Geier* (trad. J. L. Borges)
Ein Hingerkünstter (J. L. Borges)
Erste Leid (J. L. Borges)
Eine Kreuzung (A. Pipping y A. Ruiz Guinazo)
Das Stadtwappen (A. Pipping y A. Ruiz Guinazo)
Prometheus (Julio Martinez Mesanza)
Eine alltägliche Vorfall (A. Pipping y A. Ruiz Guinazo)
Schakale und Araber (J. R. Wilcock)
Elf Söhne (J. R. Wilcock)
Ein Bericht für eine Akademie (M. R. Oliver)
Beim Ban der Chinesischen Maver (A. Pipping y A. Ruiz Guinazo)
Franz Kafka, 1920

Editor digital: orhi
ePub base r1.1

más libros en Bajaebooks.com

El buitre

Prólogo

Según se sabe, Virgilio, a punto de morir, encargó a sus amigos que redujeran a cenizas el inconcluso manuscrito de la Eneida*, en la que se cifraban once años de noble y delicada labor; Shakespeare no pensó jamás en reunir en un solo volumen las muchas piezas de su obra; Kafka encomendó a Max Brod que destruyera las novelas y narraciones que aseguraban su fama. La afinidad de estos episodios ilustres es, si no me engaño, ilusoria. Virgilio no podía ignorar que contaba con la piadosa desobediencia de sus amigos; Kafka con la de Brod. El caso de Shakespeare es distinto. De Quincey conjetura que para Shakespeare la publicidad consistía en la representación y no en la impresión; el escenario era lo importante para él. Por lo demás, el hombre que realmente quiere la desaparición de sus libros no encarga esa tarea a otro. Kafka y Virgilio no deseaban su destrucción; sólo anhelaban desligarse de la responsabilidad que una obra siempre nos impone. Virgilio, creo, obró por razones estéticas; hubiera querido modificar tal cual cadencia o tal cual epíteto. Más complejo es, me parece, el caso de Kafka. Cabría definir su labor como una parábola o una serie de parábolas, cuyo tema es la relación moral del individuo con la divinidad y con su incomprensible universo. A pesar de su ambiente contemporáneo, está menos cerca de lo que se ha dado en llamar literatura moderna que del Libro de Job. Presupone una conciencia religiosa y ante todo judía; su imitación formal en otros contextos carece de sentido. Kafka veía su obra como un acto de fe y no quería que ésta desalentara a los hombres. Por tal razón encargó a su amigo que la destruyera. Podemos sospechar otros motivos. Kafka, sinceramente, sólo podía soñar pesadillas y no ignoraba que la realidad se encarga sin cesar de suministrarlas. Asimismo, había advertido las posibilidades patéticas de la postergación, que se advierte en casi todos sus libros. Ambas cosas, tristezas y postergaciones, sin duda llegaron a cansarlo. Hubiera preferido la redacción de páginas felices y su honradez no condescendió a fabricarlas.*

No olvidaré mi primera lectura de Kafka en cierta publicación profesionalmente moderna de 1917. Sus redactores —que no siempre carecían de talento— se habían consagrado a inventar la falta de puntuación, la falta de mayúsculas, la falta de rimas, la alarmante simulación de metáforas, el abuso de palabras compuestas y otras tareas propias de aquella juventud y acaso de todas las juventudes. Entre tanto estrépito impreso, un apólogo que llevaba la firma de Franz Kafka me pareció, a pesar de mi docilidad de joven lector, inexplicablemente insípido. Al cabo de los años me atrevo a confesar mi imperdonable insensibilidad literaria; pasé frente a la revelación y no me di cuenta.

Nadie ignora que Kafka no dejó nunca de sentirse misteriosamente culpable ante su padre, a la manera de Israel con su Dios; su judaísmo que lo apartaba de la generalidad de los hombres, debe haberlo afectado de una manera compleja. La conciencia de la próxima muerte y la exaltación febril de la tuberculosis tienen que haber agudizado todas sus facultades. Estas observaciones son laterales; en realidad, como dijo Whistler, «el arte sucede».

Dos ideas —mejor dicho, dos obsesiones— rigen la obra de Franz Kafka. La subordinación es la

primera de las dos; el infinito, la segunda. En casi todas sus ficciones hay jerarquías y esas jerarquías son infinitas. Karl Rossrnann, héroe de la primera de sus novelas, es un pobre muchacho alemán que se abre camino en un inextricable continente; al fin lo admiten en el Gran Teatro Natural de Oklahoma; ese teatro infinito no es menos populoso que el mundo y prefigura al Paraíso. (Rasgo muy personal: ni siquiera en esa figura del cielo acaban de ser felices los hombres y hay leves y diversas demoras.) El héroe de la segunda novela, Josef K., progresivamente abrumado por un insensato proceso, no logra averiguar el delito de que lo acusan, ni siquiera enfrentarse con el invisible tribunal que debe juzgarlo; éste, sin juicio previo, acaba por hacerlo degollar. K., héroe de la tercera y última, es un agrimensor llamado a un castillo, que no logra jamás penetrar en él y que muere sin ser reconocido por las autoridades que lo gobiernan. El motivo de la infinita postergación rige también en sus cuentos. Uno de ellos trata de un mensaje imperial que no llega nunca, debido a las personas que entorpecen el trayecto del mensajero; otro, de un hombre que se muere sin haber conseguido visitar un pueblecito próximo; otro, de dos vecinos que no logran juntarse. En el más memorable de todos ellos —La construcción de la muralla china. *1919—, el infinito es múltiple: para detener el curso de ejércitos infinitamente lejanos, un emperador infinitamente remoto en el tiempo y en el espacio ordena que infinitas generaciones levanten infinitamente un muro infinito que dé la vuelta a su imperio infinito.*

La más indiscutible virtud de Kafka es la invención de situaciones intolerables. Para el grabado perdurable le bastan unos pocos renglones. Por ejemplo: «El animal arranca la fusta de manos de su dueño y se castiga para convertirse en el dueño y no comprende que eso no es más que una ilusión producida por un nuevo nudo en la fusta.» O sino: «En el templo irrumpen leopardos y se beben el vino de los cálices; esto acontece repentinamente; al cabo se prevé que acontecerá y se incorpora a la liturgia del templo.» La elaboración, en Kafka, es menos admirable que la invocación. Hombres, no hay más que uno en su obra: el Homo domesticus *—tan judío y tan alemán—, ganoso de un lugar, siquiera humildísimo, en un Orden cualquiera; en el universo, en un ministerio, en un asilo de lunáticos, en la cárcel. El argumento y el ambiente son lo esencial: no las evoluciones de la fábula ni la penetración psicológica. De ahí la primacía de sus cuentos sobre sus novelas; de ahí el derecho de afirmar que esta compilación de relatos nos da íntegramente la medida de tan singular escritor.*

Jorge Luis Borges

El buitre

Erase un buitre que me picoteaba los pies. Ya había desgarrado los zapatos y las medias y ahora me picoteaba los pies. Siempre tiraba un picotazo, volaba en círculos inquietos alrededor y luego proseguía la obra. Pasó un señor, nos miró un rato y me preguntó por qué toleraba yo al buitre.

—Estoy indefenso —le dije—, vino y empezó a picotearme, yo lo quise espantar y hasta pensé torcerle el pescuezo, pero estos animales son muy fuertes y quería saltarme a la cara. Preferí sacrificar los pies; ahora están casi hechos pedazos.

—No se deje atormentar —dijo el señor—, un tiro y el buitre se acabó.

—¿Le parece? —pregunté—, ¿quiere encargarse usted del asunto?

—Encantado —dijo el señor—; no tengo más que ir a casa a buscar el fusil, ¿puede usted esperar media hora más?

—No sé —le respondí, y por un instante me quedé rígido de dolor; después añadí—: por favor, pruebe de todos modos.

—Bueno —dijo el señor—, voy a apurarme.

El buitre había escuchado tranquilamente nuestro diálogo y había dejado errar la mirada entre el señor y yo. Ahora vi que lo había comprendido todo: voló un poco lejos, retrocedió para lograr el ímpetu necesario y como un atleta que arroja la jabalina encajó el pico en mi boca, profundamente. Al caer de espaldas sentí como una liberación; que en mi sangre, que colmaba todas las profundidades y que inundaba todas las riberas, el buitre irreparablemente se ahogaba.

Un artista del hambre

En los últimos decenios, el interés por los ayunadores ha disminuido muchísimo. Antes era un buen negocio organizar grandes exhibiciones de este género como espectáculo independiente, cosa que hoy, en cambio, es imposible del todo. Eran otros los tiempos. Entonces, toda la ciudad se ocupaba del ayunador; aumentaba su interés a cada día de ayuno; todos querían verle siquiera una vez al día; en los últimos del ayuno no faltaba quien se estuviera días enteros sentado ante la pequeña jaula del ayunador; había, además, exhibiciones nocturnas, cuyo efecto era realzado por medio de antorchas; en los días buenos, se sacaba la jaula al aire libre, y era entonces cuando les mostraban el ayunador a los niños. Para los adultos aquello solía no ser más que una broma en la que tomaban parte medio por moda, pero los niños, cogidos de las manos por prudencia, miraban asombrados y boquiabiertos a aquel hombre pálido, con camiseta oscura, de costillas salientes, que, desdeñando un asiento, permanecía tendido en la paja esparcida por el suelo, y saludaba, a veces, cortésmente, o respondía con forzada sonrisa a las preguntas que se le dirigían o sacaba, quizá, un brazo por entre los hierros para hacer notar su delgadez, volviendo después a sumirse en su propio interior, sin preocuparse de nadie ni de nada, ni siquiera de la marcha del reloj, para él tan importante, única pieza de mobiliario que se veía en su jaula. Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de sí, con ojos semicerrados, y sólo de cuando en cuando bebía en un diminuto vaso un sorbito de agua para humedecerse los labios.

Aparte de los espectadores que sin cesar se renovaban, había allí vigilantes permanentes, designados por el público (los cuales, y no deja de ser curioso, solían ser carniceros); siempre debían estar tres al mismo tiempo, y tenían la misión de observar día y noche al ayunador para evitar que, por cualquier recóndito método, pudiera tomar alimento. Pero esto era sólo una formalidad introducida para tranquilidad de las masas, pues los iniciados sabían muy bien que el ayunador, durante el tiempo del ayuno, en ninguna circunstancia, ni aun a la fuerza, tomaría la más mínima porción de alimento; el honor de su profesión se lo prohibía. A la verdad, no todos los vigilantes eran capaces de comprender tal cosa; muchas veces había grupos de vigilantes nocturnos que ejercían su vigilancia muy débilmente, se juntaban adrede en cualquier rincón y allí se sumían en los lances de un juego de cartas con la manifiesta intención de otorgar al ayunador un pequeño respiro, durante el cual, a su modo de ver, podría sacar secretas provisiones, no se sabía de dónde. Nada atormentaba tanto al ayunador como tales vigilantes; le atribulaban; le hacían espantosamente difícil su ayuno. A veces, sobreponíase a su debilidad y cantaba durante todo el tiempo que duraba aquella guardia, mientras le quedaba aliento, para mostrar a aquellas gentes la injusticia de sus sospechas. Pero de poco le servía, porque entonces se admiraban de su habilidad que hasta le permitía comer mientras cantaba.

Muy preferibles eran, para él, los vigilantes que se pegaban a las rejas, y que, no contentándose con la turbia iluminación nocturna de la sala, le lanzaban a cada momento el rayo de las lámparas eléctricas de bolsillo que ponía a su disposición el empresario. La luz cruda no le molestaba; en general no llegaba a dormir, pero quedar traspuesto un poco podía hacerlo con cualquier luz, a cualquier hora y hasta con la sala llena de una estrepitosa muchedumbre. Estaba siempre dispuesto a

pasar toda la noche en vela con tales vigilantes; estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias de su vida vagabunda y a oír, en cambio, las suyas, sólo para mantenerse despierto, para poder mostrarles de nuevo que no tenía en la jaula nada comestible y que soportaba el hambre como no podría hacerlo ninguno de ellos. Pero cuando se sentía más dichoso era al llegar la mañana, y, por su cuenta, les era servido a los vigilantes un abundante desayuno, sobre el cual se arrojaban con el apetito de hombres robustos que han pasado una noche de trabajosa vigilia. Cierto que no faltaban gentes que quisieran ver en este desayuno un soborno de los vigilantes, pero la cosa seguía, y si se les preguntaba si querían hacerse cargo de la guardia sin desayuno, no renunciaban a él, pero conservaban siempre sus sospechas.

Pero éstas pertenecían ya a las sospechas inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en situación de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie, por tanto, podía saber por experiencia propia si realmente había ayunado sin interrupción y sin falta; sólo el ayunador podía saberlo, ya que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre completamente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. Acaso no era el ayuno la causa de su enflaquecimiento tan atroz, que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no sufrir su vista; tal vez su esquelética delgadez procedía de su descontento consigo mismo. Sólo él sabía —sólo él y ninguno de sus adeptos— qué fácil cosa era el ayuno. Era la cosa más fácil del mundo. Verdad que no lo ocultaba, pero no le creían; en el caso más favorable le tomaban por modesto, pero, en general, le juzgaban un reclamista, o un vil farsante para quien el ayuno era cosa fácil porque sabía la manera de hacerlo fácil y que tenía, además, el cinismo de dejarlo entrever. Había que aguantar todo esto, y, en el curso de los años, ya se había acostumbrado a ello; pero, en su interior, siempre le recomía este descontento y ni una sola vez, al fin de su ayuno —esta justicia había que hacérsela—, había abandonado su jaula voluntariamente.

El empresario había fijado cuarenta días como el plazo máximo de ayuno, más allá del cual no le permitía ayunar ni siquiera en las capitales de primer orden. Y no dejaba de tener sus buenas razones para ello. Según le había enseñado su experiencia, durante cuarenta días, valiéndose de toda suerte de anuncios que fueran concentrando el interés, podía quizá aguijonearse progresivamente la curiosidad de un pueblo; mas pasado este plazo, el público se negaba a visitarle, disminuía el crédito de que gozaba el artista del hambre. Claro que en este punto podían observarse pequeñas diferencias según las ciudades y las naciones; pero, por regla general, los cuarenta días eran el período de ayuno más dilatado posible. Por esta razón, a los cuarenta días era abierta la puerta de la jaula, ornada con una guirnalda de flores; un público entusiasmado llenaba el anfiteatro; sonaban los acordes de una banda militar; dos médicos entraban en la jaula para medir al ayunador, según normas científicas; y el resultado de la medición se anunciaba a la sala por medio de un altavoz; por último, dos señoritas, felices de haber sido elegidas para desempeñar aquel papel mediante sorteo, llegaban a la jaula y pretendían sacar de ella al ayunador y hacerle bajar un par de peldaños para conducirle ante una mesita en la que estaba servida una comidita de enfermo cuidadosamente escogida. Y en este momento, el ayunador siempre se resistía. Cierto que colocaba voluntariamente sus huesudos brazos en las dos manos que las dos damas, inclinadas sobre él, le tendían dispuestas a auxiliarle, pero no quería levantarse. ¿Por qué suspender el ayuno precisamente entonces, cuando estaba en lo mejor del

ayuno? ¿Por qué arrebatarle la gloria de seguir ayunando, y no sólo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué aquella gente que fingía admirarlo tenía poca paciencia con él? Si aún podía seguir ayunando, ¿por qué no querían permitírselo? Además, estaba cansado; se hallaba muy a gusto tendido en la paja, y ahora tenía que ponerse en pie cuan largo era, y acercarse a una comida, cuando con sólo pensar en ella sentía náuseas que contenía difícilmente por respeto a las damas. Y alzaba la vista para mirar los ojos de las señoritas, en apariencia tan amables, en realidad tan crueles, y movía después negativamente, sobre su débil cuello, la cabeza, que le pesaba como si fuese de plomo. Pero entonces ocurría lo de siempre; ocurría que se acercaba el empresario silenciosamente —con la música no se podía hablar—, alzaba los brazos sobre el ayunador, como si invitara al cielo a contemplar el estado en que se encontraba, sobre el montón de paja, aquel mártir digno de compasión, cosa que el pobre hombre, aunque en otro sentido, lo era; agarraba al ayunador por la sutil cintura, tomando al hacerlo exageradas precauciones, como si quisiera hacer creer que tenía entre las manos algo tan quebradizo como el vidrio; y, no sin darle una disimulada sacudida, en forma que al ayunador, sin poderlo remediar, se le iban a un lado y otro las piernas y el tronco, se lo entregaba a las damas, que se habían puesto entretanto mortalmente pálidas.

Entonces el ayunador sufría todos sus males: la cabeza le caía sobre el pecho, como si le diera vueltas y, sin saber cómo, hubiera quedado en aquella postura; el cuerpo estaba como vacío; las piernas, en su afán de mantenerse en pie, apretaban sus rodillas una contra otra; los pies rascaban el suelo como si no fuera el verdadero y buscaran a éste bajo aquél; y todo el peso del cuerpo, por lo demás muy leve, caía sobre una de las damas, la cual, buscando auxilio, con cortado aliento —jamás se hubiera imaginado de este modo aquella misión honorífica—, alargaba todo lo posible su cuello para librar siquiera su rostro del contacto con el ayunador. Pero después, como lo lograba, y su compañera, más feliz que ella, no venía en su ayuda, sino que se limitaba a llevar entre las suyas, temblorosas, el pequeño haz de huesos de la mano del ayunador, la portadora, en medio de las divertidas carcajadas de toda la sala, rompía a llorar y tenía que ser librada de su carga, por un criado de largo tiempo atrás preparado para ello.

Después venía la comida, en la cual el empresario, en el semisueño del desenjaulado, más parecido a un desmayo que a un sueño, le hacía tragar alguna cosa, en medio de una divertida charla con que apartaba la atención de los espectadores del estado en que se hallaba el ayunador. Después venía un brindis dirigido al público, que el empresario fingía dictado por el ayunador; la orquesta recalcaba todo con un gran trompeteo; marchábase el público y nadie quedaba descontento de lo que había visto; nadie, salvo el ayunador, el artista del hambre; nadie, excepto él.

Vivió así muchos años, cortados por periódicos descansos, respetado por el mundo, en una situación de aparente esplendor; mas, no obstante, casi siempre estaba de un humor melancólico, que se acentuaba cada vez más, ya que no había nadie que supiera tomarle en serio. ¿Con qué, además, podrían consolarle? ¿Qué más podía apetecer? Y si alguna vez surgía alguien, de piadoso ánimo, que le compadecía y quería hacerle comprender que, probablemente, su tristeza procedía del hambre, bien podía ocurrir, sobre todo si estaba ya muy avanzado el ayuno, que el ayunador le respondiera

con una explosión de furia y, con espanto de todos, comenzara a sacudir como una fiera los hierros de la jaula. Mas para tales casos tenía el empresario un castigo que le gustaba emplear. Disculpaba al ayunador ante el congregado público, añadía que sólo la irritabilidad provocada por el hambre, irritabilidad incomprensible en hombres bien alimentados, podía hacer disculpable la conducta del ayunador. Después, tratando de este tema, para explicarlo pasaba a rebatir la afirmación del ayunador de que le era posible ayunar mucho más tiempo del que ayunaba; alababa la noble ambición, la buena voluntad, el gran olvido de sí mismo, que claramente se revelaban en esta afirmación; pero en seguida procuraba echarla abajo sólo con mostrar unas fotografías, que eran vendidas al mismo tiempo, pues en el retrato se veía al ayunador en la cama, casi muerto de inanición, a los cuarenta días de ayuno. Todo esto lo sabía muy bien el ayunador, pero era cada vez más intolerable para él aquella enervante deformación de la verdad. ¡Presentábase allí como causa lo que sólo era consecuencia de la precoz terminación del ayuno! Era imposible luchar contra aquella incomprensión, contra aquel universo de estulticia. Lleno de buena fe, escuchaba ansiosamente desde su reja las palabras del empresario; pero al aparecer las fotografías, soltábase siempre de la reja, y, sollozando, volvía a dejarse caer en la paja. El ya calmado público podía acercarse otra vez a la jaula y examinarlo a su sabor.

Unos años más tarde, si los testigos de tales escenas volvían a acordarse de ellas, notaban que se habían hecho incomprensibles hasta para ellos mismos. Es que mientras tanto se había operado el famoso cambio; sobrevino casi de repente; debía haber razones profundas para ello; pero, ¿quién es capaz de hallarlas?

El caso es que cierto día, el tan mimado artista del hambre se vio abandonado por la muchedumbre ansiosa de diversiones, que prefería otros espectáculos. El empresario recorrió otra vez con él media Europa, para ver si en algún sitio hallarían aún el antiguo interés. Todo en vano: como por obra de un pacto, había nacido al mismo tiempo, en todas partes, una repulsión hacia el espectáculo del hambre. Claro que, en realidad, este fenómeno no podía haberse dado así de repente, y, meditabundos y compungidos, recordaban ahora muchas cosas que en el tiempo de la embriaguez del triunfo no habían considerado suficientemente, presagios no atendidos como merecían serlo. Pero ahora era demasiado tarde para intentar algo en contra. Cierto que era indudable que alguna vez volvería a presentarse la época de los ayunadores, pero para los ahora vivientes, eso no era consuelo. ¿Qué debía hacer, pues, el ayunador? Aquel que había sido aclamado por las multitudes, no podía mostrarse en barracas por las ferias rurales; y para adoptar otro oficio, no sólo era el ayunador demasiado viejo, sino que estaba fanáticamente enamorado del hambre. Por lo tanto, se despidió del empresario, compañero de una carrera incomparable, y se hizo contratar en un gran circo, sin examinar siquiera las condiciones del contrato.

Un gran circo, con su infinidad de hombres, animales y aparatos que sin cesar se sustituyen y se complementan unos a otros, puede, en cualquier momento, utilizar a cualquier artista, aunque sea a un ayunador, si sus pretensiones son modestas, naturalmente. Además, en este caso especial, no era sólo el mismo ayunador quien era contratado, sino su antiguo y famoso nombre; y ni siquiera se podía decir, dada la singularidad de su arte, que, como al crecer la edad mengua la capacidad, un artista veterano que ya no está en la cumbre de su poder, trata de refugiarse en un tranquilo puesto de circo;

al contrario, el ayunador aseguraba, y era plenamente creíble, que lo mismo podía ayunar entonces que antes, y hasta aseguraba que si le dejaban hacer su voluntad, cosa que al momento le prometieron, sería aquélla la vez en que había de llenar al mundo de justa admiración; afirmación que provocaba una sonrisa en las gentes del oficio, que conocían el espíritu de los tiempos, del cual, en su entusiasmó, habíase olvidado el ayunador.

Mas, allá en su fondo, el ayunador no dejó de hacerse cargo de las circunstancias, y aceptó sin dificultad que no fuera colocada, su jaula en el centro de la pista, como número sobresaliente, sino que se la dejara fuera, cerca de las cuadras, sitio, por lo demás, bastante concurrido. Grandes carteles de colores chillones rodeaban la jaula y anunciaban lo que había que admirar en ella. En los intermedios del espectáculo, cuando el público se dirigía hacia las cuadras para ver los animales, era casi inevitable que pasaran por delante del ayunador y se detuvieran allí un momento; acaso habrían permanecido más tiempo junto a él si no hicieran imposible una contemplación más larga y tranquila los empujones de los que venían detrás por el estrecho corredor y que no comprendían que se hiciera aquella parada en el camino de las interesantes cuadras. Por este motivo el ayunador temía aquella hora de visitas que por otra parte anhelaba como el objeto de su vida. En los primeros tiempos apenas había tenido paciencia para esperar el momento del intermedio; había contemplado con entusiasmo la muchedumbre que se extendía y venía hacia él hasta que, muy pronto —ni la más obstinada y casi consciente voluntad de engañarse a sí mismo se salvaba de aquella experiencia—, tuvo que convencerse de que la mayor parte de aquella gente, sin excepción, no traía otro propósito que el de visitar las cuadras. Y siempre era lo mejor el ver aquella masa, así, desde lejos. Porque cuando llegaban junto a su jaula, en seguida le aturdían los gritos e insultos de los dos partidos que inmediatamente se formaban: el de los que querían verlo cómodamente (y bien pronto llegó a ser este bando el que más apenaba al ayunador, porque se paraban, no porque les interesara lo que tenían ante los ojos, sino por llevar la contraria y fastidiar a los otros) y el de los que sólo apetecían llegar lo antes posible a las cuadras. Una vez que había pasado el gran tropel, venían los rezagados, y también éstos, en vez de quedarse mirándole cuanto tiempo les apeteciera, pues ya era cosa no impedida por nadie, pasaban de prisa, a largo paso, apenas concediéndole una mirada de reojo, para llegar con tiempo de ver los animales. Y era caso insólito el de que viniera un padre de familia con sus hijos, mostrando con el dedo al ayunador y explicando extensamente de qué se trataba, y hablara de tiempos pasados, cuando había estado él en una exhibición análoga, pero incomparablemente más lucida que aquélla, y entonces los niños, que, a causa de su insuficiente preparación escolar y general —¿qué sabían ellos lo que era ayunar?—, seguían sin comprender lo que contemplaban, tenían un brillo en sus inquisidores ojos, en que se traslucían futuros tiempos más piadosos. Quizá estarían un poco mejor las cosas —decíase a veces el ayunador— si el lugar de la exhibición no se hallase tan cerca de las cuadras. Entonces les habría sido más fácil a las gentes elegir lo que prefirieran; aparte de que le molestaban mucho y acababan por deprimir sus fuerzas las emanaciones de las cuadras, la nocturna inquietud de los animales, el paso por delante de su jaula de los sangrientos trozos de carne con que alimentaban a los animales de presa, y los rugidos y gritos de éstos durante su comida. Pero no se atrevía a decirlo a la dirección, pues, si bien lo pensaba, siempre tenía que agradecer a los animales la muchedumbre de visitantes que pasaban ante él, entre los cuales, de cuando en cuando,

bien se podía encontrar alguno que viniera especialmente a verle. Quién sabe en qué rincón le meterían, si al decir algo les recordaba que aún vivía, y les hacía ver, en resumidas cuentas, que no venía a ser más que un estorbo en el camino de las cuadras.

Un pequeño estorbo en todo caso, un estorbo que cada vez se hacía más diminuto. Las gentes se iban acostumbrando a la rara manía de pretender llamar la atención como ayunador en los tiempos actuales, y adquirido este hábito quedó ya pronunciada la sentencia de muerte del ayunador. Podía ayunar cuanto quisiera, y así lo hacía. Pero nada podía ya salvarle, la gente pasaba por su lado sin verle. ¿Y si intentara explicarle a alguien el arte del ayuno? A quien no lo siente, no es posible hacérselo comprender. Los más hermosos rótulos llegaron a ponerse sucios e ilegibles, fueron arrancados, y a nadie se le ocurrió renovarlos. La tablilla con el número de los días transcurridos desde que había comenzado el ayuno, que en los primeros tiempos era cuidadosamente mudada todos los días, hacía ya mucho que era la misma, pues al cabo de algunas semanas, este pequeño trabajo habíase hecho desagradable para el personal; y de este modo, cierto que el ayunador continuó ayunando, como siempre había anhelado, y que lo hacía sin molestia, tal como en otro tiempo lo había anunciado; pero nadie contaba ya el tiempo que pasaba: nadie, ni siquiera el mismo ayunador, sabía qué número de días de ayuno llevaba alcanzados, y su corazón se llenaba de melancolía. Y así, cierta vez, durante aquel tiempo, en que un ocioso se detuvo ante su jaula y se rió del viejo número de días consignado en la tablilla, pareciéndole imposible, y habló de engañifa y de estafa, fue ésta la más estúpida mentira inventada por la indiferencia y la malicia innata, pues no era el ayunador quien engañaba, él trabajaba honradamente, pero era el mundo quien se engañaba en cuanto a sus merecimientos.

Volvieron a pasar muchos días, pero llegó uno en que también aquello tuvo un fin. Cierta vez, un inspector se fijó en la jaula y preguntó a los criados por qué dejaban sin aprovechar aquella jaula tan utilizable que sólo contenía un podrido montón de paja. Todos lo ignoraban, hasta que, por fin, uno, al ver la tablilla del número de días, se acordó del ayunador. Removieron con horcas la paja, y en medio de ella hallaron al ayunador.

—¿Ayunas todavía? —preguntóle el inspector—. ¿Cuándo vas a cesar de una vez?

—Perdonadme todos —musitó el ayunador, pero sólo le comprendió el inspector, que tenía el oído pegado a la reja.

—Sin duda —dijo el inspector, poniéndose el índice en la sien para indicar con ello al personal el estado mental del ayunador—, todos le perdonamos.

—Había deseado toda la vida que admirarais mi resistencia al hambre —dijo el ayunador.

—Y la admiramos —repúsole el inspector.

—Pero no debíais admirarla —dijo el ayunador.

—Bueno, pues, entonces, no la admiraremos —repuso el inspector—; pero, ¿por qué no debemos admirarte?

—Porque me es forzoso ayunar, no puedo evitarlo —dijo el ayunador.

—Eso ya se ve —dijo el inspector—, pero, ¿por qué no puedes evitarlo?

—Porque —dijo el artista del hambre levantando un poco la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no se perdieran sus palabras, con labios alargados como si fuera a dar un beso—,

porque no pude encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y como todos.

Éstas fueron sus últimas palabras, pero todavía en sus ojos quebrados mostrábase la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.

—¡Limpien aquí! —ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Mas en la jaula pusieron una pantera joven. Era un gran placer, hasta para el más obtuso de sentidos, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, la hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida que le gustaba, traíansela sin largas cavilaciones sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel noble cuerpo, provisto de todo lo necesario para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo la propia libertad; parecía estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tan fuerte ardor de sus fauces que no les era fácil a los espectadores poder hacerle frente. Pero se sobreponían a su temor, se apretaban contra la jaula y en modo alguno querían apartarse de allí.

Un artista del trapecio

Un artista del trapecio —como se sabe, este arte que se practica en lo alto de las cúpulas de los grandes circos es uno de los más difíciles entre todos los asequibles al hombre— había organizado su vida de tal manera —primero por afán profesional de perfección, después por costumbre que se había hecho tiránica— que, mientras trabajaba en la misma empresa, permanecía día y noche en el trapecio. Todas sus necesidades —por otra parte muy pequeñas— eran satisfechas por criados que se relevaban a intervalos y vigilaban debajo. Todo lo que arriba se necesitaba lo subían y bajaban en cestillos construidos para el caso. De esta manera de vivir no se deducían para el trapecista dificultades especiales con el resto del mundo. Sólo resultaba un poco molesto durante los demás números del programa, porque como no se podía ocultar que se había quedado allá arriba, aunque permanecía quieto, siempre alguna mirada del público se desviaba hacia él. Pero los directores se lo perdonaban, porque era un artista extraordinario, insustituible. Además era sabido que no vivía así por capricho y que sólo de aquella manera podía estar siempre entrenado y conservar la extrema perfección de su arte.

Además, allá arriba se estaba muy bien. Cuando, en los días cálidos del verano, se abrían las ventanas laterales que corrían alrededor de la cúpula y el sol y el aire irrumpían en el ámbito crepuscular del circo, era hasta bello. Su trato humano estaba muy limitado, naturalmente. Alguna vez trepaba por la cuerda de ascensión algún colega de turné, se sentaba a su lado en el trapecio, apoyado uno en la cuerda de la derecha, otro en la de la izquierda, y charlaban largamente. O bien los obreros que reparaban la techumbre cambiaban con él algunas palabras por una de las claraboyas o el electricista que comprobaba las conducciones de luz, en la galería más alta, le gritaba alguna palabra respetuosa, si bien poco comprensible.

A no ser entonces, estaba siempre solitario.

Alguna vez un empleado que erraba cansadamente a las horas de la siesta por el circo vacío, elevaba su mirada a la casi atrayente altura, donde el trapecista descansaba o se ejercitaba en su arte sin saber que era observado.

Así hubiera podido vivir tranquilo el artista del trapecio a no ser por los inevitables viajes de lugar en lugar, que le molestaban en sumo grado. Cierto es que el empresario cuidaba de que este sufrimiento no se prolongara innecesariamente.

El trapecista salía para la estación en un automóvil de carreras que corría, a la madrugada, por las calles desiertas, con la velocidad máxima; demasiado lenta, sin embargo, para su nostalgia de trapecio.

En el tren, estaba dispuesto un departamento para él solo, en donde encontraba, arriba, en la redecilla de los equipajes, una sustitución mezquina —pero en algún modo equivalente— de su manera de vivir. En el sitio de destino ya estaba enarbolado el trapecio mucho antes de su llegada, cuando todavía no se habían cerrado las tablas ni colocado las puertas. Pero para el empresario era el instante más placentero aque en que el trapecista apoyaba el pie en la cuerda de subida y en un santiamén se encaramaba de nuevo sobre el trapecio.

A pesar de todas estas precauciones, los viajes perturbaban gravemente los nervios del trapecista, de modo que, por muy afortunados que fueran económicamente para el empresario, siempre le resultaban penosos.

Una vez que viajaban, el artista en la redecilla como soñando, y el empresario recostado en el rincón de la ventana, leyendo un libro, el hombre del trapecio le apostrofó suavemente, y le dijo, mordiéndose los labios, que en lo sucesivo necesitaba para su vivir, no un trapecio como hasta entonces, sino dos, dos trapecios, uno frente a otro. El empresario accedió en seguida. Pero el trapecista, como si quisiera mostrar que la aceptación del empresario no tenía más importancia que su oposición, añadió que nunca más, en ninguna ocasión, trabajaría únicamente sobre un trapecio. Parecía horrorizarse ante la idea de que pudiera acontecerle alguna vez. El empresario, deteniéndose y observando a su artista, declaró nuevamente su absoluta conformidad. Dos trapecios son mejor que uno solo. Además, los nuevos trapecios serían más variados y vistosos.

Pero el artista se echó a llorar de pronto. El empresario profundamente conmovido, se levantó de un salto y le preguntó qué le ocurría, y como no recibiera ninguna respuesta, se subió al asiento, le acarició y abrazó y estrechó su rostro contra el suyo, hasta sentir las lágrimas en su piel. Después de muchas preguntas y palabras cariñosas, el trapecista exclamó, sollozando:

—Sólo con una barra en las manos, ¡cómo podría yo vivir!

Entonces, ya le fue muy fácil al empresario consolarle. Le prometió que en la primera estación, en la primera parada y fonda, telegrafiaría para que instalasen el segundo trapecio, y se reprochó a sí mismo duramente la crueldad de haber dejado al artista trabajar tanto tiempo en un solo trapecio. En fin, le dio las gracias por haberle hecho observar al cabo aquella omisión imperdonable. De esta suerte, pudo el empresario tranquilizar al artista y volverse a su rincón.

En cambio, él no estaba tranquilo; con grave preocupación espiaba, a hurtadillas, por encima del libro, al trapecista. Si semejantes pensamientos habían empezado a atormentarle, ¿podrían ya cesar por completo? ¿No seguirían aumentando día por día? ¿No amenazarían su existencia? Y el empresario, alarmado, creyó ver en aquel sueño, aparentemente tranquilo, en que habían terminado los lloros, comenzar a dibujarse la primera arruga en la lisa frente infantil del artista del trapecio.

Una cruza

Tengo un animal singular, mitad gatito, mitad cordero. Lo heredé con una de las propiedades de mi padre. Sin embargo, sólo se desarrolló en mi tiempo, pues antes tenía más de cordero que de gatito. Ahora participa de ambas naturalezas por igual. Del gato, la cabeza y las uñas; del cordero, el tamaño y la figura; de ambos, los ojos, salvajes y encendidos; el pelo, suave y bien asentado; los movimientos, ora saltarines, ora lánguidos. Al sol, sobre el antepecho de la ventana, se hace una bola y ronronea. En el prado corre como enloquecido y apenas es posible alcanzarlo. Huye de los gatos y pretende atacar a los corderos. En noches de luna son las tejas su camino predilecto. No puede maullar y le repugnan las ratas.

Es capaz de pasar horas enteras en acecho ante el gallinero, pero hasta ahora no ha aprovechado jamás la ocasión de matar. Lo alimento con leche dulce; es lo que le sienta mejor. La bebe sorbiéndola a largos tragos por entre sus dientes feroces. Naturalmente, es todo un espectáculo para los niños. El domingo por la mañana es hora de visitas. Pongo el animalito sobre mis rodillas y los niños de todo el vecindario se paran a mi alrededor.

Entonces son formuladas las preguntas más maravillosas, ésas que ningún ser humano puede contestar: por qué hay sólo un animal como ése, por qué lo tengo precisamente yo, si antes que él existió ya otro animal así y cómo será una vez muerto, si se siente muy solo, por qué no tiene cría, cómo se llama, etcétera.

No me tomo el trabajo de contestar, y me contento con mostrar, sin más explicaciones, aquello que poseo. A veces, los niños vienen con gatos y una vez, hasta trajeron dos corderos. Pero contrariamente a sus esperanzas, no se produjeron escenas de reconocimiento. Los animales se miraban tranquilamente con ojos animales y consideraron sin duda, recíprocamente, su existencia como un hecho divino.

Sobre mis rodillas, este animal no conoce ni el miedo ni deseos de perseguir a nadie.

Acurrucado contra mí es como se siente mejor. Está apegado a la familia que lo crió. Esto no puede ser considerado, por cierto, como una muestra de fidelidad extraordinaria, sino como el recto instinto de un animal que en la tierra tiene innumerables parientes políticos, pero quizá ni un solo consanguíneo, y para el cual, por lo mismo, resulta sagrada la protección que ha hallado entre nosotros.

A veces me hace reír cuando me olfatea, se desliza por entre mis piernas y no hay manera de apartarlo de mí. No contento con ser gato y cordero, quiere ser casi perro. Sucedió una vez que, como puede ocurrirle a cualquiera, no hallaba solución para mis problemas de negocios y para todo lo relacionado con ellos, y pensaba abandonarlo todo; en tal estado de ánimo me hundí en la silla de hamaca, con el animal sobre las rodillas, y al mirar hacia abajo advertí casualmente que de los larguísimos pelos de su barba goteaban lágrimas. ¿Eran mías? ¿Eran suyas? ¿Tenía también aquel gato con alma de cordero ambición humana? No he heredado gran cosa de mi padre, pero esta herencia es digna de mostrarse.

Tiene ambas inquietudes en sí, la del gato y la del cordero, por distintas que sean una y otra. Por eso

la piel le es estrecha. A veces salta sobre el asiento, a mi lado, se apoya con las patas delanteras en mi hombro y pone el hocico junto a mi oído. Es como si me dijese algo y entonces se inclina hacia adelante y me mira a la cara para observar la impresión que la comunicación me ha hecho. Y para ser complaciente con él, hago como si hubiese comprendido algo y asiento con la cabeza. Entonces salta al suelo y empieza a bailotear a mi alrededor.

Tal vez el cuchillo del carnicero fuese una liberación para este animal, pero como lo he recibido en herencia debo negárselo. Por eso tendré que esperar a que el aliento le falte de por sí, a pesar de que, a veces, me mire con ojos humanamente comprensivos, que incitan a obrar comprensivamente.

El escudo de la ciudad

Cuando se empezó a construir la torre de Babel todo estaba muy en orden; y acaso el orden era excesivo; se pensaba demasiado en indicadores de caminos, intérpretes, alojamientos para obreros y rutas de enlace, como si se dispusiese de siglos y otras tantas probabilidades de trabajar libremente. El parecer por entonces reinante llegaba hasta establecer que toda lentitud para construir sería poca; no era preciso exagerar mucho esta opinión para retroceder ante la idea misma de poner los cimientos. Se argüía de esta suerte: en toda la empresa, lo positivo es la idea de construir una torre que llegue al cielo. Frente a esta idea, lo demás es accesorio. Una vez captado el pensamiento en toda su grandeza, no puede desaparecer ya: mientras existan los hombres perdurará el deseo intenso de terminar la construcción de la torre. En este sentido no hay que temer por el futuro, pues antes bien, el saber de la humanidad va en aumento, el arte de la construcción ha hecho progresos y hará aún otros nuevos; un trabajo para el cual necesitamos un año, será realizado dentro de un siglo, quizá en sólo seis meses y, por añadidura, mejor y más duradero. ¿Por qué agotarse, pues, desde ya hasta el límite de las fuerzas? Ello tendría sentido si se pudiera esperar que la torre fuese construida en el lapso de una generación. Esto, sin embargo, de ningún modo era dable creerlo. Antes bien, podría pensarse que la próxima generación, con su más amplio saber, habría de hallar mala la labor de la generación precedente y que habría de demoler lo construido para volver a empezar. Pensamientos de este género paralizaban las fuerzas, y la edificación de la ciudad obrera desplazaba la construcción de la torre. Cada grupo regional quería poseer el barrio más hermoso, por lo que sobrevinieron rencillas que culminaron en sangrientos combates. Estas luchas eran incesantes; lo que sirvió de argumento a los jefes para que, por falta de la necesaria concentración, la torre fuese levantada muy lentamente o, mejor aún, sólo al cabo de estipulada una paz general. Pero no se perdió tiempo tan sólo en combates, pues durante las treguas se embelleció la ciudad, lo cual dio origen a nuevas envidias y nuevas luchas. Así transcurrió el lapso de la primera generación, mas ninguna de las que siguieron fue diferente; sólo la destreza iba en aumento constante y, con ella, la sed de lucha. A ello vino a sumarse el que la segunda o la tercera generación reconociera la insensatez de la construcción de la torre, pero los vínculos mutuos eran ya demasiado fuertes como para que se pudiese dejar la ciudad.

Todo cuanto está entroncado con la leyenda y la canción que surgiera en la ciudad está colmado de la nostalgia hacia el anunciado día en el que la ciudad sería aniquilada por cinco golpes breves y sucesivamente descargados sobre ella por un puño gigantesco. Por eso tiene la ciudad un puño en el escudo.

Prometeo

Cuatro leyendas hablan de Prometeo.
Según la primera, Prometeo fue encadenado al Cáucaso porque había traicionado a los dioses en favor de los hombres. Los dioses enviaban águilas para que le devorasen el hígado, que siempre volvía a crecerle. La segunda nos dice que Prometeo, atormentado por el dolor de los picotazos, se arrimó cada vez más a la roca, hasta que se hizo una sola cosa con ella.
La tercera afirma que con el paso de los milenios su traición fue olvidada. Todos se olvidaron: los dioses, las águilas, él mismo. Según la cuarta, cansado de sí mismo, ya no tenía ninguna razón para existir. Los dioses se cansaron, la cansada herida se cerró.
Quedó la inexplicable montaña rocosa.
La leyenda intenta explicar lo inexplicable. Ya que proviene de un fondo de verdad, debe terminar en lo inexplicable.

Una confusión cotidiana

Un suceso cotidiano: el soportarlo, una confusión cotidiana. *A* tiene que cerrar un negocio importante con *B,* de *H.* Va a *H,* para el trato previo, cubre en diez minutos el trayecto de ida y en otros tantos el de vuelta y se jacta en su casa de esta singular rapidez. Al día siguiente marcha otra vez a *H,* ahora para cerrar ya el trato definitivo. Puesto que, previsiblemente, el asunto habrá de llevar varias horas, *A* parte de mañana muy temprano. Si bien todos los aspectos subsidiarios, al menos según el parecer de *A,* son exactamente los mismos que la víspera, necesita esta vez diez horas para cubrir el trayecto hasta *H.*

Cuando llega allí cansado, al anochecer, se le informa que *B,* contrariado por la ausencia de *A,* ha salido hace media hora para el pueblo de *A* a fin de verle allí y que, en verdad, ambos hubiesen debido encontrarse en el camino. Se aconseja a *A* que espere. Pero *A,* temeroso por la suerte del negocio, se apronta en seguida y vuelve de prisa a su casa.

Esta vez, sin atender a ello especialmente, salva la distancia en un instante. En su casa se entera de que *B* ha llegado allí muy temprano, apenas se hubo marchado *A;* sí, se ha topado con *A* en la puerta de la casa, le ha recordado el negocio, pero *A* dijo que en ese momento no tenía tiempo, que tenía que salir apurado.

A pesar de la inexplicable actitud de *A,* se quedó allí para esperar a *A.* Repetidas veces ha preguntado si *A* no estaba ya de regreso, pero se encuentra aún arriba, en el cuarto de *A.* Feliz por poder hablar todavía con *B* y explicarle todo, *A* sube la escalera. Estando casi arriba, tropieza, sufre un desgarramiento de tendón y medio desvanecido de dolor, incapaz siquiera de gritar, gimiendo en la oscuridad, oye confusamente cómo *B,* a gran distancia o junto a él, baja la escalera furioso, dando fuertes pisadas y desaparece definitivamente.

Chacales y árabes

Acampábamos en el oasis. Mis compañeros dormían. Un árabe, alto y blanco, pasó a mi lado; había estado ocupándose de los camellos, y se dirigía a su lugar de reposo. Me eché de espaldas en el pasto; traté de dormir; no podía; un chacal aullaba a lo lejos; volví a sentarme. Y lo que antes estaba tan lejos, de pronto estuvo cerca. Me rodeaba una multitud de chacales; ojos que destellaban como oro mate, y volvían a apagarse; cuerpos esbeltos, que se movían ágil y rítmicamente, como bajo un látigo. Por detrás de mí, uno de los chacales se acercó, pasó bajo mi brazo, se apretó contra mí, como si buscara mi calor, luego se colocó frente a mí y me habló, con los ojos casi en los míos.

—Soy, con mucho, el chacal más viejo. Me alegra mucho poder saludarte por fin. Ya casi había perdido toda esperanza, hace tanto, tanto que te esperábamos; mi madre te esperó, y su madre, y una tras otra todas sus madres, hasta llegar a la madre de todos los chacales. ¡Créelo!

—Me asombra —dije, y me olvidé de encender la pila de leños preparada para ahuyentar con el humo a los chacales—, me asombra mucho lo que dices. Sólo por casualidad he venido del lejano norte, y estoy de paso por vuestro país. ¿Qué queréis de mí, chacales?

Y como alentados por estas palabras, tal vez demasiado amistosas, estrecharon el cerco en torno de mí; todos jadeaban con la boca abierta.

—Sabemos —comentó el decano—, que vienes del norte; en eso basamos nuestras esperanzas. Allá existe la comprensión que no encontramos entre los árabes. De esta fría arrogancia, bien lo sabes, no se puede arrancar la menor chispa de comprensión. Matan animales para comérselos, y desprecian la carroña.

—No hables tan alto —dije—, hay árabes que duermen aquí cerca.

—Realmente, eres un extranjero —dijo el chacal—; si no, sabrías que ni una sola vez en la historia del mundo un chacal ha temido a un árabe. ¿Por qué les temeríamos? ¿No es ya bastante desdicha que debamos vivir exilados entre semejante gente?

—Puede ser, puede ser —dije—, no quiero juzgar asuntos que están lejos de mi competencia; parece una enemistad muy antigua; debe de estar en la sangre; tal vez sólo termine con la sangre.

—Eres muy perspicaz —dijo el viejo chacal; y todos jadearon más ansiosamente; agitados, a pesar de estar inmóviles; un olor a rancio, que a veces me obligaba a apretar los dientes, emanaba de sus fauces abiertas—. Eres muy perspicaz, eso que has dicho concuerda con nuestra antigua tradición. Así es; haremos correr su sangre, y terminaremos la lucha.

—¡Oh! —dije, con demasiada vehemencia quizá—; ellos se defenderán; con sus armas de fuego os matarán a miles.

—No nos comprendes —dijo él—, una condición bien humana, que según veo también existe en el norte. No queremos matarlos. No habría bastante agua en el Nilo para purificarnos. Nos basta ver sus cuerpos vivientes para salir corriendo, hacia el aire puro, hacia el desierto, que por eso es nuestra morada.

Y todos los chacales del círculo, a los que se habían agregado mientras tanto muchos otros que venían de más lejos, hundieron los hocicos entre las patas delanteras, y se los frotaron para

limpiarse; parecían querer ocultar una repugnancia tan espantosa, que sentí deseos de dar un gran salto sobre sus cabezas y escapar.
—Entonces, ¿qué os proponéis hacer? —pregunté, tratando de ponerme de pie; pero no pude; dos jóvenes bestias me habían aferrado con los dientes la chaqueta y la camisa, por detrás; tuve que quedarme sentado.
—Te sostienen la cola —explicó con seriedad el chacal viejo—, una prueba de respeto.
—¡Soltadme! —exclamé, volviéndome alternativamente hacia el viejo y hacia los jóvenes.
—Naturalmente, te soltarán —dijo el viejo—, ya que lo deseas. Pero tardarán un poco, porque han mordido profundamente, como es su costumbre, y ahora deben aflojar lentamente los dientes. Mientras tanto atiende nuestro pedido.
—Vuestra conducta no me ha predispuesto demasiado a atenderlo —dije.
—No nos eches en cara nuestra torpeza —dijo él, y por primera vez recurrió al tono lastimero de su voz natural—, somos unas pobres bestias, sólo tenemos nuestros dientes; para todo lo que queremos hacer, lo malo y lo bueno, sólo disponemos de nuestros dientes.
—Bueno, ¿qué quieres? —le pregunté, no muy reconciliado.
—Señor —exclamó, y todos los chacales aullaron; lejanamente, remotamente, me pareció una melodía—. Señor, tú debes poner fin a esta lucha, que divide el mundo en dos bandos. Exactamente como eres tú, nuestros antepasados nos describieron al hombre que llevaría a cabo la empresa. Queremos que los árabes nos dejen en paz; aire respirable; que la mirada se pierda en un horizonte purificado de su presencia; no oír el quejido de la oveja que el árabe degüella; que todos los animales mueran en paz, para ser purificados por nosotros, sin interferencia ajena, hasta que hayamos vaciado sus osamentas y pelado sus huesos. Pureza, queremos sólo pureza —y aquí lloraban, sollozaban todos—. ¿Cómo soportas este mundo, noble corazón y dulce entraña? Porquería es su blancura; porquería es su negrura, un horror son sus barbas; basta ver las órbitas de sus ojos para escupir; y cuando alzan el brazo vemos en sus axilas la entrada del infierno. Por eso, señor, por eso, ¡oh, amado señor!, con la ayuda de tus manos todopoderosas, degüéllalos con estas tijeras.
Y respondiendo a un movimiento de su cabeza, apareció un chacal, de uno de cuyos colmillos colgaba un pequeño par de tijeras de costura, cubiertas de antiguo orín.
—Bueno, ya aparecieron las tijeras, ¡y ahora basta! —exclamó el guía árabe de nuestra caravana, que se había deslizado hacia nosotros con el viento en contra, y hacía silbar ahora su enorme látigo.
Todos huyeron rápidamente, pero a cierta distancia se detuvieron, estrechamente apretados entre sí; todas estas bestias se reunieron en un grupo tan rígido y apiñado que parecía un pequeño hato, acorralado por fuegos fatuos.
—Así que tú también, señor, has contemplado y oído esta comedia —dijo el árabe, y rió tan alegremente como lo permitía la reserva de su raza.
—¿Tú también sabes lo que quieren esas bestias? —pregunté.
—Naturalmente, señor —dijo él—, todo el mundo lo sabe; mientras existan árabes, esas tijeras se pasearán por el desierto, y seguirán vagando con nosotros hasta el último día. A todo europeo se las ofrecen, para que lleve a cabo la gran empresa; todo europeo es justamente aquel que ellos creen enviado por el destino. Esos animales alimentan una loca esperanza; bobos, son verdaderos bobos.

Por eso los queremos; son nuestros perros; más hermosos que los vuestros. Fíjate; esta noche murió un camello, lo hice traer aquí.

Aparecieron cuatro mozos que arrojaron ante nosotros el pesado cadáver. Apenas lo depositaron, los chacales elevaron sus voces. Como arrastrados por otras tantas cuerdas irresistibles, se acercaron, titubeantes, frotando el suelo con el cuerpo. Se habían olvidado de los árabes, olvidado de su odio; la presencia del hediondo cadáver los hechizaba, borraba todo lo demás. Ya uno se prendía del cuello, y con el primer mordisco llegaba hasta la aorta. Como una diminuta y vehemente bomba aspirante, que quisiera con tanta decisión como pocas probabilidades de éxito apagar algún enorme incendio, cada músculo de su cuerpo se estremecía y se esforzaba en su tarea. Y pronto se entregaron todos a la misma tarea, amontonados sobre el cadáver, como una montaña.

Entonces, el guía los fustigó una y otra vez con su cortante látigo, vigorosamente. Alzaron la cabeza, en una especie de paroxismo extasiado; vieron ante ellos a los árabes; sintieron el látigo en los hocicos; dieron un salto hacia atrás, y retrocedieron corriendo, hasta cierta distancia. Pero la sangre del camello ya había formado charcos en el suelo, humeaba, el cuerpo estaba abierto en varios sitios; volvieron; nuevamente alzó el guía su látigo; detuve su brazo.

—Tienes razón, señor —me dijo—, dejémoslos seguir con su tarea; además, ya es hora de levantar el campamento. Lo has visto. Maravillosas bestias, ¿no es verdad? ¡Y cómo nos odian!

Once hijos

Tengo once hijos.

El primero es exteriormente bastante insignificante, pero serio y perspicaz; aunque lo quiero, como quiero a todos mis otros hijos, no sobreestimo su valor. Sus razonamientos me parecen demasiado simples. No ve ni a izquierda ni a derecha ni hacia el futuro; en el reducido círculo de sus pensamientos, gira corriendo sin cesar, o más bien se pasea.

El segundo es hermoso, esbelto, bien formado; es un deleite verlo manejar el florete. También es perspicaz, pero además tiene experiencia del mundo; ha visto mucho, y por eso mismo la naturaleza de su país parece hablar con él más confidencialmente que con los que nunca salieron de su patria. Pero es probable que esta ventaja no se deba únicamente, ni siquiera esencialmente, a sus viajes; más bien es un atributo de la inimitabilidad del muchacho, reconocida, por ejemplo, por todos los que han querido imitar sus saltos ornamentales en el agua, con varias volteretas en el aire, y que sin embargo no le hacen perder ese dominio casi violento de sí mismo. El coraje y el afán del imitador llega hasta el extremo del trampolín; pero una vez allí, en vez de saltar, se sienta repentinamente, y alza los brazos para excusarse. Pero a pesar de todo (en realidad debería sentirme feliz con un hijo semejante), mi afecto hacia él no carece de limitaciones. Su ojo izquierdo es un poco más chico que el derecho, y parpadea mucho; no es más que un pequeño defecto, naturalmente, que por otra parte da más audacia a su expresión; nadie, considerando la incomparable perfección de su persona, llamaría a ese ojo más chico y parpadeante un defecto. Pero yo, su padre, sí. Naturalmente no es ese defecto físico lo que me preocupa, sino una pequeña irregularidad de su espíritu que en cierto modo corresponde a aquél, cierto veneno oculto en su sangre, cierta incapacidad de utilizar a fondo las posibilidades de su naturaleza, que yo solo entreveo. Tal vez esto, por otra parte, sea lo que hace de él mi verdadero hijo, porque esa falla es al mismo tiempo la falla de toda nuestra familia, y sólo en él es tan aparente.

El tercer hijo es también hermoso, pero no con la hermosura que me agrada. Es la belleza de un cantor; los labios bien formados; la mirada soñadora; esa cabeza que requiere un cortinaje detrás para ser efectiva; el pecho extraordinariamente amplio; las manos que fácilmente ascienden y demasiado fácilmente vuelven a caer; las piernas que se mueven delicadamente, porque no soportan el peso del cuerpo. Y además el tono de su voz no es perfecto: se mantiene un instante; el entendido se dispone a escuchar; pero poco después pierde el aliento. Aunque en general todo me tienta a exhibir especialmente a este hijo mío, prefiero mantenerlo en la sombra; él, por su lado, no pone reparos, pero no porque conozca sus defectos, sino por pura inocencia. Aún más, no se siente cómodo en nuestra época; como si perteneciera a nuestra familia, pero además formara parte de otra, perdida para siempre, a menudo está melancólico y nada consigue alegrarlo.

Mi cuarto hijo es tal vez el más sociable. Verdadero hijo de su época, todos lo comprenden, se mueve en un plano común a todos, y todos lo buscan para saludarlo. Tal vez esta apreciación general otorgue a su naturaleza cierta ligereza, a sus movimientos cierta libertad, a sus razonamientos cierta inconsecuencia. Muchas de sus observaciones merecen ser repetidas, pero no todas, porque en

conjunto adolecen realmente de extremada superficialidad. Es como aquel que se eleva maravillosamente del suelo, hiende los aires como una golondrina, y luego termina desoladamente su vuelo en un oscuro desierto, en una nada. Estos pensamientos me amargan cuando lo contemplo.

El quinto hijo es bueno y amable; prometía ser menos de lo que es; era tan insignificante que realmente uno se sentía solo en su presencia; pero ahora ha logrado gozar de cierto crédito. Si me preguntaran cómo, no sabría contestar. Tal vez la inocencia sea lo que más fácilmente se abre paso a través del tumulto de los elementos de este mundo, e inocente lo es. Quizá demasiado inocente. Amigo de todos. Quizá demasiado amigo. Confieso que me siento mal cuando me lo elogian. Parece que el valor de los elogios disminuyera cuando se los prodigan a alguien tan evidentemente digno de elogios como mi hijo.

Mi sexto hijo parece, por lo menos a primera vista, el más profundo de todos. Es un cabizbajo, y sin embargo un charlatán. Por eso no es fácil entenderlo. Si se siente dominado, se entrega a una impenetrable tristeza; si logra la supremacía, la mantiene a fuerza de conversación. Aunque no le niego cierta capacidad de apasionamiento y de olvido de sí mismo; a la luz del día, se le ve con frecuencia debatirse en medio de sus pensamientos, como en un sueño. Sin estar enfermo —nada de eso, su salud es muy buena—, a veces se tambalea, especialmente en el crepúsculo, pero no necesita ayuda, no se cae. Tal vez la culpa de ese fenómeno la tenga su desarrollo físico, porque es demasiado alto para su edad. Eso hace que en conjunto sea feo, aunque en ciertos detalles es hermoso, por ejemplo en las manos y los pies. También su frente es fea; tanto la piel como la forma de los huesos parecen mal desarrolladas.

El séptimo hijo me pertenece tal vez más que todos los demás. El mundo no sabría apreciarlo como merece; no comprende su tipo especial de ingenio. Yo no exagero su valor; ya sé que su importancia es inconsiderable; si el mundo no cometiera otro error que el de no saber apreciarlo, seguiría siendo impecable. Pero dentro de mi familia no podría pasarme sin este hijo. Introduce cierta inquietud, y al mismo tiempo cierto respeto por la tradición, y sabe combinarlos, por lo menos así me parece, en un todo incontestable. Es verdad que él es el menos capacitado para sacar partido de ese todo; no es él quien pondrá en movimiento la rueda del futuro; pero esa manera de ser suya es tan alentadora, tan rica en esperanzas; me gustaría que tuviera hijos, y que éstos tuvieran hijos a su vez. Por desgracia, no parece dispuesto a satisfacer ese deseo. Satisfecho consigo mismo, actitud que me es muy comprensible pero al mismo tiempo deplorable, y que por cierto se opone notablemente al juicio de sus conocidos, se pasea por todas partes solo, no se interesa por las muchachas, y sin embargo no pierde nunca su buen humor.

Mi octavo hijo es mi desesperación, y realmente no sé por qué motivo. Me trata como a un desconocido, y no obstante siento que me une a él un estrecho vínculo paterno. El tiempo nos ha hecho mucho bien; pero antes yo solía estremecerme cuando pensaba en él. Sigue su propio camino; ha roto todo vínculo conmigo; y ciertamente, con su cabeza dura, su cuerpecito atlético —aunque cuando era muchacho sus piernas eran muy débiles, pero quizá con el tiempo ese defecto se haya subsanado— llegará con toda facilidad adonde se proponga ir. Muchas veces deseé volver a llamarlo, preguntarle cómo le iba realmente, por qué se alejaba de ese modo de su padre, y cuáles eran sus propósitos fundamentales, pero ahora está tan lejos, y ha pasado tanto tiempo, que es mejor

dejar las cosas como están. He oído decir que es el único hijo mío que usa barba; naturalmente, eso no puede quedar bien en un hombre tan bajo como él.

Mi noveno hijo es muy elegante, y tiene lo que las mujeres consideran sin lugar a dudas una mirada seductora. Tan seductora, que en ciertas ocasiones consigue seducirme a mí, aunque sé muy bien que basta una esponja mojada para borrar todo ese brillo ultraterreno. Lo curioso de este muchacho es que no trata en absoluto de ser seductor; para él el ideal sería pasarse la vida tendido en el sola, y desperdiciar su seductora mirada en la contemplación del cielo raso, o mejor aún, dejarla reposar detrás de los párpados cerrados. Cuando está en esa su posición favorita, gusta de hablar, y habla bastante bien; concisamente y con perspicacia; pero sólo dentro de estrechos límites; si se sale de ellos, lo que es inevitable ya que son tan estrechos, su conversación se vuelve vacua. Uno querría hacerle señas para advertírselo, si hubiera alguna esperanza de que su mirada soñolienta pudiera siquiera verlas.

Mi décimo hijo pasa por ser de carácter insincero. No quiero negar totalmente ese defecto, ni tampoco afirmarlo. Ciertamente, cualquiera que lo ve acercarse, con una pomposidad que no corresponde a su edad, con su levita siempre cuidadosamente abotonada, con un sombrero negro y viejo pero minuciosamente cepillado, con su rostro inexpresivo, la mandíbula un poco prominente, las largas pestañas que se curvan penumbrosas ante los ojos, esos dos dedos que tan a menudo se lleva a los labios; el que lo ve así piensa: «éste es un perfecto hipócrita». Pero oídlo hablar. Comprensivo; reflexivo; lacónico; pregunta y replica con satírica vivacidad, en un maravilloso acuerdo con el mundo, una armonía natural y alegre; una armonía que necesariamente vuelve más tenso el cuello y yergue el cuerpo. Muchos que se suponen más agudos, y que por este motivo creyeron experimentar cierta repulsión ante su aspecto exterior, terminaron por sentirse fuertemente atraídos por su conversación. Pero en cambio hay otras personas que no ponen reparos en su exterior, pero que consideran su conversación demasiado hipócrita. Yo, como padre, no quiero pronunciar un juicio definitivo, pero debo admitir que estos últimos críticos son por lo menos más dignos de atención que los primeros.

Mi undécimo hijo es delicado, quizá el más débil de mis hijos; pero su debilidad es engañosa, porque a veces sabe mostrarse fuerte y decidido, aunque en el fondo también en esos casos padezca de una debilidad fundamental. Pero no es una debilidad vergonzosa, sino algo que sólo parece debilidad al ras de la tierra. ¿No es acaso, por ejemplo, una debilidad la predisposición al vuelo, que después de todo consiste en una inquietud y una indecisión y un aleteo? Algo parecido ocurre con mi hijo. Naturalmente, éstas no son cualidades que regocijen a un padre; evidentemente, tienden a la destrucción de la familia. Muchas veces me mira, como si quisiera decirme: «Te llevaré conmigo, padre.» Entonces pienso: «Eres la última persona a quien me confiaría.» Y su mirada parece replicarme: «Déjame entonces ser por lo menos la última.»

Éstos son mis once hijos.

Informe para una academia

Excelentísimos señores académicos:

Me hacéis el honor de pedirme que presente a la Academia un informe sobre mi simiesca vida anterior.

En ese sentido no puedo desgraciadamente complaceros, pues cerca de cinco años me separan ya de la simiedad. Ese lapso, corto quizá si se lo mide por el calendario, es interminablemente largo cuando, como yo, se ha galopado a través de él acompañado a trechos por gente importante, consejos, aplausos y música orquestal; pero en realidad solo, pues todo ese acompañamiento estaba —para conservar la imagen— del otro lado de la barrera.

De haberme aferrado obstinadamente a mis orígenes, a mis recuerdos de juventud, me hubiera sido imposible cumplir lo que he cumplido. La disciplina suprema que me impuse consistió justamente en negarme a mí mismo toda obstinación. Yo, mono libre, acepté ese yugo; pero por eso mismo los recuerdos se me fueron borrando cada vez más. Si bien, de haberlo querido los hombres, yo hubiera podido retornar libremente, al comienzo, por la puerta total que el cielo forma sobre la tierra, ésta fue estrechándose más y más a medida que mi evolución se activaba como a latigazos: más recluido, y mejor me sentía en el mundo de los hombres: la borrasca, que viniendo de mi pasado soplaba tras de mí, se ha ido calmando: hoy es tan sólo una corriente de aire que me refresca los talones. Y el agujero lejano a través del cual ésta me llega, y por el cual llegué yo un día, se ha achicado tanto que —de tener fuerza y voluntad suficientes para volver corriendo hasta él— tendría que desollarme vivo si quisiera atravesarlo. Hablando con franqueza —por más que me agrade hablar de estas cosas en sentido metafórico—, hablando con franqueza os digo: vuestra simiedad, señores míos, en tanto que tuvierais algo similar en vuestro pasado, no podía estar más lejana de vosotros que lo que de mí está la mía. Sin embargo, le cosquillea los talones a todo aquel que pisa sobre la tierra, tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles. Pero con todo, en un sentido limitadísimo, podré quizá contestar vuestra pregunta, cosa que por lo demás hago con gran placer.

Lo primero que aprendí fue a estrechar la mano en señal de convenio solemne. Estrechar la mano da testimonio de franqueza. Pueda hoy, al estar en el apogeo de mi carrera, agregar, a ese primer apretón de manos, también la palabra franca. Ella no aportará a la Academia nada esencialmente nuevo, y quedaré muy por debajo de lo que se me pide, pero que ni con la mejor voluntad puedo decir. De cualquier manera, en estas palabras expondré la línea directiva por la cual alguien que fue mono ingresó al mundo de los humanos y se instaló firmemente en él. Conste además que ni las insignificancias siguientes podría contaros si no estuviese totalmente convencido de mí, y si mi posición no se hubiese afirmado de manera inconmovible en todos los grandes *music-halls* del mundo civilizado.

Soy oriundo de la Costa de Oro. Para saber cómo fui capturado dependo de informes ajenos. Una expedición de caza de la firma Hagenbeck —con cuyo jefe, por otra parte, he vaciado luego no pocas botellas de vino tinto— estaba al acecho emboscada en la maraña que orilla el río, cuando en medio de una banda corrí una tarde hacia el abrevadero. Dispararon: fui el único que cayó herido,

alcanzado por dos tiros.
Uno en la mejilla. Fue leve pero dejó una gran cicatriz pelada y roja que me valió el nombre repugnante, totalmente inexacto y que podría haber sido inventado por un mono, de Peter el Rojo, tal como si sólo por esa mancha roja en la mejilla me diferenciara yo de aquel simio amaestrado llamado Peter, que poco ha reventó y cuya reputación era, por lo demás, únicamente local.
Esto al margen.
El segundo tiro me alcanzó más abajo de la cadera. Era grave y por su culpa aún hoy renqueo un poco. No hace mucho leí en un artículo escrito por algunos de esos diez mil sabuesos que contra mí se desahogan desde los periódicos «que mi naturaleza simiesca no ha sido reprimida del todo», y como ejemplo de ello alega que cuando recibo visitas me complazco en bajarme los pantalones para mostrar la señal dejada por la bala. Al bribón ese deberían bajarle a tiros, y uno por uno, cada dedito de la mano con que escribe. Yo, yo puedo quitarme los pantalones ante quien me dé la gana: nada se encontrará allí más que un pelaje cuidado y la cicatriz dejada por el —elijamos aquí para un fin preciso un término preciso y que no se preste a equívocos— injurioso tiro. Todo está a la luz del día: no hay nada que ocultar. Tratándose de la verdad toda persona generosa arroja de sí los modales, por finos que éstos sean. En cambio otro sería el cantar si el chupatintas en cuestión se quitase los pantalones al recibir visitas. Doy fe de su cordura admitiendo que no lo hace, ¡pero que entonces no me embrome más con sus gazmoñerías!
Después de estos tiros desperté —y aquí comienzan a surgir lentamente mis propios recuerdos— en una jaula colocada en el entrepuente del barco de Hagenbeck. No era una jaula con rejas a los cuatro costados, eran más bien tres rejas clavadas a un cajón. El cuarto costado formaba, pues, parte del cajón mismo. Ese conjunto era demasiado bajo para estar de pie en él y demasiado estrecho para estar sentado. Por eso me acurrucaba doblando las rodillas que sin cesar me temblaban. Como probablemente no quería ver a nadie, por lo pronto prefería permanecer en la oscuridad: me volvía hacia el costado de las tablas y dejaba que los barrotes de hierro se me incrustaran en el lomo. Dicen que es conveniente enjaular así a los animales salvajes, en los primeros tiempos de su cautiverio, y hoy, según mi experiencia, no puedo negar que, desde el punto de vista humano, tienen en efecto razón.
Pero en todo esto no pensaba entonces. Por primera vez en mi vida me encontraba sin salida; por lo menos no la había directa. Directamente ante mí estaba el cajón con sus tablas bien unidas. Había, sin embargo, una rendija entre las tablas. Al descubrirla por primera vez la saludé con el aullido dichoso de la ignorancia. Pero esa rendija era tan estrecha que ni sacar por ella la cola podía, y ni con toda la fuerza simiesca me era posible ensancharla.
Como después me informaron, debo haber sido excepcionalmente poco ruidoso, y por ello dedujeron o que me extinguiría muy pronto o que, de sobrevivir a la crisis de los primeros tiempos, sería luego muy apto para el amaestramiento. Sobreviví esos tiempos. Mis primeras ocupaciones en la vida nueva fueron: sollozar sordamente; espulgarme hasta el dolor; lamer hasta el hastío una nuez de coco; golpear con el cráneo contra la pared del cajón y enseñar los dientes cuando alguien se acercaba. Y en medio de todo ello una sola noción: no hay salida. Naturalmente hoy sólo puedo transcribir lo que entonces sentía como mono con palabras de hombre y por eso mismo lo desvirtúo. Pero aunque ya no

pueda captar la vieja verdad simiesca, no cabe duda de que ella está por lo menos en el sentido de mi descripción.

Hasta entonces había tenido tantas salidas, y ahora no me quedaba ninguna. Estaba encallado. Si me hubieran clavado, no hubiera disminuido por ello mi libertad de acción. ¿Por qué? Aunque te rasques hasta la sangre el pellejo entre los dedos de los pies, no encontrarás explicación. Aunque te aprietes la espalda contra los barrotes de la jaula hasta casi partirte en dos, no encontrarás explicación. No tenía salida pero tenía que procurarme una: sin ella no podía vivir. Siempre contra esa pared hubiera reventado inevitablemente. Mas como en el circo Hagenbeck a los monos les cuadran las paredes de cajón, pues bien, dejé de ser mono. Ésta fue una asociación de ideas clara y hermosa que debió, en cierto modo, ocurrírseme en la barriga, ya que los monos piensan con la barriga.

Temo que no se comprenda bien lo que yo entiendo por «salida». Empleo la palabra en su sentido más cabal y más común. Intencionadamente no digo libertad. No hablo de esa gran sensación de libertad hacia todos los ámbitos. Cuando mono posiblemente la conocí y he visto hombres que la añoran. En lo que a mí se refiere, ni entonces ni ahora pedí libertad. Con la libertad —y esto lo digo al pasar— uno se engaña demasiado entre los hombres, ya que si el de libertad es uno de los sentimientos más sublimes, así también son de sublimes los correspondientes engaños. En los teatros de variedades, antes de salir a escena, he visto a menudo ciertas parejas de artistas trabajando en los trapecios, muy alto, junto al techo. Se lanzaban, se mecían, saltaban, volaban el uno a los brazos del otro, se llevaban el uno al otro suspendido del pelo con los dientes. «También esto», pensé, «es libertad para el hombre: ¡el movimiento soberano!» ¡Oh escarnio de la santa naturaleza! Ningún edificio quedaría en pie bajo las carcajadas que semejante espectáculo provocaría entre la simiedad.

No, yo no quería libertad. Quería únicamente una salida: a derecha, a izquierda, adonde fuera. No pretendía más. Aunque la salida fuese tan sólo un engaño: como la pretensión era pequeña el engaño no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! Con tal de no detenerse con los brazos en alto, apretado contra las tablas de un cajón.

Hoy lo veo claro: si no hubiera tenido una gran tranquilidad interior no hubiera podido escapar jamás. En realidad todo lo que he llegado a ser se lo debo posiblemente a esa gran tranquilidad que me acometió, allá, en los primeros días del barco. Pero, a la vez, debo esa tranquilidad a la tripulación.

Ésta era buena gente a pesar de todo. Hoy recuerdo todavía con placer el sonido de sus pasos pesados que entonces resonaban en mi sopor. Acostumbraban hacer las cosas con extrema lentitud. Si alguno necesitaba frotarse los ojos levantaba la mano como un peso muerto. Sus bromas eran groseras pero cordiales. A sus risas se mezclaba siempre una tos que, aunque sonaba peligrosa, no significaba nada. Tenían continuamente en la boca algo que escupir y les era indiferente dónde lo escupían. Se quejaban siempre de que mis pulgas les saltaban encima, pero no por eso llegaron nunca a enojarse en serio conmigo: sabían, pues, que las pulgas se multiplicaban en mi pelaje y que las pulgas son saltarinas. Con esto se daban por satisfechos. Cuando estaban de asueto se sentaban a veces algunos de ellos en semicírculo frente a mí, hablándose apenas, gruñéndose el uno al otro, fumando la pipa tendidos sobre los cajones, palmeándose la rodilla a mi menor movimiento, y alguno, de vez en cuando, cogía una varita y con ella me cosquilleaba allí donde me daba placer. Si

me invitaran hoy a realizar un viaje en ese barco, declinaría por cierto la invitación, pero cierto es también que los recuerdos que allí en el entrepuente me perseguían no serían todos desagradables.
La tranquilidad que obtuve en el círculo de esa gente me preservó, ante todo, de cualquier conato de fuga. Recapitulando, creo que ya entonces presentía que, para seguir viviendo, tenía que encontrar una salida, pero que esta salida no la hallaría en la fuga. No sé ahora si la fuga era posible, pero creo que sí lo era: a un mono debe serle siempre posible la fuga. Con mis dientes actuales debo cuidarme hasta en la común tarea de cascar una nuez, pero en aquel entonces, poco a poco, hubiera podido roer de lado a lado el cerrojo de la puerta. No lo hice. ¿Qué hubiera ganado con ello? Apenas hubiese asomado la cabeza me hubieran cazado de nuevo y encerrado en una jaula peor: o hubiera podido huir hacia los otros animales, hacia las serpientes gigantes, por ejemplo, que estaban frente a mí, para exhalar en su abrazo el último suspiro; o de haber logrado deslizarme hasta el puente superior y saltado por sobre la borda, me hubiera mecido un ratito sobre el océano y luego me habría ahogado. Actos suicidas todos éstos. No razonaba tan humanamente entonces, pero bajo la influencia de mi medio ambiente actué como si hubiese razonado.
No razonaba, pero observaba, sí, con toda tranquilidad, a esos hombres que veía ir y venir. Siempre las mismas caras, los mismos gestos; a menudo me parecían ser un solo hombre. Pero ese hombre, o esos hombres, se movían sin trabas. Un alto designio comenzó a alborear en mí. Nadie me prometía que, de llegar a ser lo que ellos eran, la reja me sería levantada. No se hacen tales promesas para esperanzas que parecen incolmables, pero si llegan a colmarse, aparecen estas promesas después, justamente allí donde antes se las había buscado en vano. Ahora bien, nada había en esos hombres que de por sí me atrajera mayormente. Si fuera partidario de esa libertad a la cual aludí, hubiera preferido sin duda el océano a esa salida que veía reflejarse en la turbia mirada de aquellos hombres. Había venido observándolos, de todas maneras, ya mucho antes de haber pensado en estas cosas, y, desde luego, sólo estas observaciones acumuladas me empujaron en aquella determinada dirección.
¡Era tan fácil imitar a la gente! Escupir pude ya en los primeros días. Nos escupíamos entonces mutuamente a la cara, con la diferencia de que yo me lamía luego hasta dejarla limpia y ellos no. Pronto fumé en pipa como un viejo, y cuando además metía el pulgar a la cabeza de la pipa, todo el entrepuente se desternillaba de risa. Pero durante mucho tiempo no noté diferencia alguna entre la pipa cargada y la vacía.
Nada me dio tanto trabajo como la botella de caña. Me torturaba el olor y, a pesar de mi fuerza de voluntad, pasaron semanas antes de que lograra vencer esa repugnancia. Lo increíble es que la gente tomó más en serio esas luchas interiores que cualquier otra cosa mía. En mis recuerdos tampoco diferencio a esa gente, pero había uno que venía siempre, solo o acompañado, de día, de noche, a las horas más diversas, y deteniéndose ante mí con la botella vacía me daba lecciones. No me comprendía: quería descifrar el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella, luego me miraba para saber si yo había comprendido. Confieso que yo lo miraba siempre con una atención frenética y atropellada. Ningún maestro de hombre encontrará en el mundo entero mejor aprendiz de hombre. Cuando había descorchado la botella se la llevaba a la boca, yo con los ojos la seguía, hasta la gorja. Asentía satisfecho conmigo, y posaba la botella en sus labios. Yo. entusiasmado con mi

paulatina comprensión, chillaba rascándome a lo largo, a lo ancho, donde fuera. Él, regocijado, empinaba la botella y bebía un trago. Yo, impaciente y desesperado por emularlo, me ensuciaba en la jaula, lo que de nuevo le regocijaba mucho. Después apartaba de sí la botella con gesto enfático y volvía de igual manera a acercarla a sus labios y, luego, echado hacia atrás en un gesto exageradamente pedagógico, la vaciaba de un trago. Yo. extenuado por excesivo deseo, no podía seguirle y permanecía colgado débilmente de la reja mientras él, dando con esto por terminada la lección teórica, se frotaba, con amplia sonrisa, la barriga.

Sólo entonces comenzaba el ejercicio práctico. ¿No me había dejado ya el teórico demasiado extenuado? Sí, demasiado extenuado, pero esto era parte de mi destino. A pesar de ello tomaba lo mejor que podía la botella que me tendían; levantaba la botella de manera casi idéntica a la del modelo: la posaba en los labios y… la arrojaba con asco; con asco, aunque estaba vacía y sólo el olor la llenaba; con asco la arrojaba al suelo. Para dolor de mi maestro, para mayor dolor mío; ni a él ni a mí mismo lograba reconciliar luego con el hecho de que, después de arrojar la botella, no me olvidara de frotarme a la perfección la barriga, ostentando al mismo tiempo una amplia sonrisa.

Así transcurría la lección con demasiada frecuencia, y en honor de mi maestro quiero hacer constar que no se enojaba conmigo, pero sí que, a veces, con la pipa encendida me tocaba el pelaje hasta que comenzaba a arder lentamente, en cualquier lugar donde yo difícilmente alcanzaba; entonces lo apagaba él mismo con su mano gigantesca y buena. No se enojaba conmigo, pues reconocía que, desde el mismo lado, ambos luchábamos contra la índole simiesca, y que era yo quien llevaba la peor parte.

A pesar de ello, qué triunfo luego, tanto para él como para mí, cuando cierta noche, ante una gran rueda de espectadores —quizá estaba de fiesta, sonaba un fonógrafo, un oficial circulaba entre los tripulantes—, cuando esa noche, sin que nadie lo advirtiese, cogí una botella de caña que alguien descuidadamente había olvidado junto a mi jaula, y ante el creciente asombro de la reunión, la descorché con toda corrección, la llevé a los labios y, sin vacilar, sin muecas, como un bebedor empedernido, revoloteando los ojos y con el gaznate palpitante, la vacié real y verdaderamente. Arrojé la botella, no ya como un desesperado, sino como un artista, pero me olvidé, eso sí, de frotarme la barriga. En cambio, porque no podía hacer otra cosa, porque algo me empujaba a ello, porque los sentidos me bullían, por todo ello, en fin, rompí a gritar: «¡Hola!», con voz humana. Ese grito me hizo entrar de un salto en la comunidad de los hombres, y su eco: «¡Escuchen, habla!», lo sentí como un beso en mi cuerpo chorreante de sudor.

Repito: no me seducía imitar a los humanos; los imitaba porque buscaba una salida; por ningún otro motivo. Con ese triunfo, por otra parte, poco había conseguido, pues inmediatamente la voz me falló de nuevo. Sólo pasados unos meses volví a recuperarla. La repugnancia hacia la botella de caña reapareció con más fuerza aún, pero sin duda alguna había yo encontrado de una vez por todas mi camino.

Cuando en Hamburgo me entregaron al primer amaestrador, advertí en seguida que ante mí se abrían dos posibilidades: el jardín zoológico o el *music-hall*. No vacilé. Me dije: pon toda tu voluntad en ingresar al *music-hall*: ésta es la salida. El jardín zoológico no es más que otra nueva jaula; quien entra allí está perdido.

Y aprendí, señores míos. ¡Ah, sí, cuando hay que aprender se aprende: se aprende cuando se trata de encontrar una salida! ¡Se aprende sin piedad! Se vigila uno a sí mismo con el látigo, lacerándose a la menor resistencia. La índole simiesca salió con furia fuera de mí, se alejó de mí dando volteretas, y por ello mi primer maestro mismo casi se volvió monesco y tuvo que abandonar pronto las lecciones para ser internado en un sanatorio. Afortunadamente pronto salió de allí.

Consumí, sin embargo, a muchos maestros. Sí, hasta a varios a la vez. Cuando estuve ya más seguro de mi capacidad, cuando el público siguió mis progresos, cuando mi futuro comenzó a sonreírme, yo mismo elegí mis profesores. Los hice sentar en cinco habitaciones sucesivas y aprendí con todos a la vez, saltando sin interrupción de un cuarto a otro.

¡Qué progresos! ¡Qué irrupción, desde todos los ámbitos, de los rayos del conocimiento en el cerebro que despierta! ¿Por qué negarlo? Esto me hacía dichoso. Pero tampoco puedo negar que no lo sobreestimaba, ya entonces, ¡y cuánto menos lo sobreestimo ahora! Con un esfuerzo que hasta hoy no ha vuelto a repetirse sobre la tierra, logré tener la cultura media de un europeo. Esto en sí posiblemente no sería nada, pero es algo, sin embargo, en la medida en que me ayudó a dejar la jaula y a procurarme esta salida especial; esta salida humana. Hay un excelente giro alemán: «escurrirse entre los matorrales». Esto fue lo que yo hice: «me escurrí entre los matorrales». No me quedaba otro camino, por supuesto: siempre que no había que elegir la libertad.

Si de una ojeada examino mi evolución y lo que fue su objetivo hasta ahora, ni me lamento de ella, ni me doy por satisfecho. Con las manos en los bolsillos del pantalón, con la botella de vino sobre la mesa, recostado o sentado a medias en la mecedora, miro por la ventana. Si llegan visitas, las recibo como se debe. Mi empresario está sentado en la antecámara: si toco el timbre, acude y escucha lo que tengo que decirle. De noche casi siempre hay función y obtengo éxitos ya apenas superables. Y si al salir de los banquetes, de las sociedades científicas o de las gratas reuniones entre amigos, llego a casa a horas avanzadas de la noche, allí me espera una pequeña y semiamaestrada chimpancé, con quien, a la manera simiesca, lo paso muy bien. De día no quiero verla, pues tiene en la mirada esa locura del animal perturbado por el amaestramiento; eso únicamente yo lo advierto, y no puedo soportarlo.

De todas maneras, en resumen, he logrado lo que me había propuesto lograr. Y no se diga que el esfuerzo no valía la pena. Por lo demás, no es la opinión de los hombres lo que me interesa; yo sólo quiero difundir conocimientos, sólo estoy informando. También a vosotros, excelentísimos señores académicos, sólo os he informado.

De la construcción de la muralla china

La muralla china fue terminada en su punto más septentrional; avanzando del sudeste y del sudoeste se unió aquí. Este sistema de construcción parcial se utilizó también en pequeña escala dentro de cada uno de los dos grandes ejércitos de trabajo, el de oriente y el de occidente. Para ello se formaron grupos de unos veinte obreros que debían ejecutar una muralla parcial de unos quinientos metros; un grupo vecino le salía al encuentro con otra muralla de igual longitud. Pero luego de producida la unión, no se continuaba la obra al final de estos mil metros, sino que los grupos de obreros volvían a ser enviados a regiones completamente distintas para la construcción de la muralla. Naturalmente, quedaron así numerosos claros que sólo se llenaron poco a poco, con lentitud, algunos sólo después de haberse ya proclamado la terminación de la muralla. Más aún: se dice que hay huecos que no se llenaron en absoluto, afirmación que, probablemente, pertenece a las muchas leyendas que se originaron acerca de la construcción y que al menos para el hombre aislado no son comprobables por sus propios ojos y con su propio sentido de las proporciones.

De entrada se creería que hubiera sido ventajoso en todo sentido construir en forma continua o al menos continuadamente dentro de los dos sectores principales, ya que la muralla, como se sabe y se divulga, fue proyectada como defensa contra los pueblos del norte. Pero, ¿cómo puede defender una muralla construida en forma discontinua? En efecto, una muralla semejante no sólo no puede proteger, sino que la obra misma está en constante peligro. Estos fragmentos de muralla abandonados en regiones desoladas, pueden ser destruidos con facilidad, una y otra vez, por los nómadas, sobre todo porque éstos, atemorizados por la construcción, cambiaban de residencia con asombrosa rapidez, como langostas, por lo que, probablemente, tenían mejor visión de conjunto de los progresos de la obra que nosotros mismos, sus constructores. A pesar de ello, la construcción no pudo realizarse sino como se hizo. Para comprenderlo hay que considerar lo siguiente: la muralla debía convertirse en protección por los siglos; la ejecución más minuciosa, la aplicación de la sabiduría arquitectónica de todas las épocas y pueblos conocidos, el permanente sentido de responsabilidad de los constructores, eran ineludibles condiciones previas al trabajo. Si bien para las tareas inferiores podían utilizarse ignorantes jornaleros del pueblo, hombres, mujeres, niños, cualquiera que se ofreciese por una buena paga, ya para la dirección de cuatro jornaleros se necesitaba un hombre inteligente, versado en el arte de la construcción, capaz de sentir en la profundidad de su corazón de qué se trataba. Y cuanto más elevada la misión, mayores las exigencias. Tales hombres se hallaban realmente disponibles, quizá no en la cantidad que se hubiera podido emplear en esta obra, pero de todos modos en gran número.

El trabajo no había sido abordado con ligereza. Cincuenta años antes de su iniciación, en toda la China, que debía ser amurallada, la arquitectura, y en especial la albañilería, se declaró ciencia principalísima, y todo lo demás se reconoció sólo en cuanto se vinculara con ella. Recuerdo todavía muy bien cómo de niños, apenas seguros sobre los pies, nos hallábamos en el jardincito del maestro; cómo el maestro se arremangaba la túnica y se precipitaba contra la pared, derribándolo todo, naturalmente, y nos hacía tales reproches por la debilidad de nuestra obra que, berreantes y a la

desbandada, corríamos a refugiarnos en nuestras casas. Un suceso minúsculo, pero demostrativo del espíritu de la época.

Tuve la suerte de que a los veinte años, justamente al aprobar el examen final de la escuela primaria, comenzara la construcción de la muralla. Y digo suerte, porque muchos que antes habían alcanzado el grado máximo dentro de la preparación que les era accesible, no supieron durante años qué hacer con sus conocimientos y, con la cabeza llena de grandiosos proyectos, vagaban inútiles y se malograban. Pero aquellos que finalmente llegaban a la obra como conductores, así fuera de último rango, eran verdaderamente dignos de su misión. Se trataba de albañiles que habían reflexionado mucho acerca de la obra, que nunca terminaban de meditar sobre ella y que, desde la primera piedra hundida en la tierra, se sentían consubstanciados con la empresa. A tales albañiles los impulsaba, paralelamente a la ambición de realizar un trabajo escrupuloso, la urgencia de ver levantarse la obra en toda su integridad. El jornalero no conoce esa impaciencia, lo mueve la paga; también los conductores superiores, y hasta los de mediana jerarquía, ven lo bastante del progreso de la construcción en sus múltiples aspectos para conservar la fortaleza de ánimo. Pero hubo que velar en otra forma por los de abajo, espiritualmente muy por encima de su misión, ínfima en apariencia. No podía, por ejemplo, tenérselos durante meses y años colocando piedra tras piedra en una región montañosa, deshabitada, a centenares de millas de su país; la falta de aliciente de una labor que, ni aun cumplida empeñosamente y sin interrupción durante una larga vida, permitía vislumbrar la meta, los hubiera desesperado y, sobre todo, disminuido en su capacidad de trabajo. Por eso se eligió el sistema de construcción parcial.

Quinientos metros podían terminarse aproximadamente en cinco años; entonces, es natural, los conductores solían estar agotados; habían perdido toda confianza en sí, en la obra, en el mundo. Se los enviaba, pues, lejos, lejos, cuando se hallaban todavía exaltados por las fiestas con que se celebraba la unión de una muralla de mil metros. Durante el viaje, veían aquí y allá levantarse murallas parciales terminadas; pasaban por los campamentos de jefes superiores, que los regalaban con distintivos honoríficos; oían el jubiloso entusiasmo de nuevos ejércitos de trabajo que fluían desde el fondo de los países, veían talar bosques destinados a los andamios, reducir montañas a sillares, y oían en los santuarios el cántico de los fieles que imploraban la culminación de la obra. Todo esto morigeraba su impaciencia. La pacífica vida en el terruño, donde pasaban un tiempo, los fortalecía; la espectabilidad de que gozaban los constructores, la crédula humildad con que se oían sus relatos, la confianza que el ciudadano simple y callado depositaba en la futura terminación de la muralla, todo esto templaba las cuerdas del alma. Como niños eternamente esperanzados, se despedían; el ansia de trabajar en la obra del pueblo se hacía indomeñable. Se alejaban de la casa antes de lo necesario; media aldea los acompañaba largo trecho. En todos los caminos, grupos, gallardetes, banderas; nunca habían visto qué grande, rico, hermoso y digno de ser amado era su país. Cada campesino era un hermano para el que se construía una muralla de protección y que, con todo cuanto poseía y era, agradecería de por vida. ¡Unidad! ¡Unidad! Pecho junto a pecho, una guirnalda de pueblo, sangre no constreñida a la mísera circulación corporal sino que rodaba dulcemente, aunque retornando siempre, a través de la China interminable.

En primer lugar, hay que reconocer que en aquel tiempo se consumaron empresas apenas inferiores a

la construcción de la torre de Babel, pero que representan, en cuanto a complacencia divina, según los cálculos humanos al menos, justamente lo contrario de aquella obra. Lo menciono porque en los primeros tiempos de la construcción un sabio escribió un libro en que establecía claramente tales comparaciones. Trataba de demostrar que si la erección de la torre no llegó a cumplirse, no fue por las causas generalmente admitidas, o que, por lo menos, entre estas causas conocidas no se bailaban las principales. Sus pruebas no sólo consistían en escritos y crónicas, sino que afirmaban haber hecho investigaciones en el terreno mismo, y haber comprobado que la obra fracasó y debía fracasar por debilidad de los cimientos. Por cierto que en este aspecto nuestra época aventajaba en mucho a tales edades remotas. Casi cada contemporáneo instruido era albañil de profesión e infalible en materia de cimientos. Pero el sabio ni siquiera apuntaba hacia allí, sino que afirmaba que sólo la gran muralla, por primera vez en los anales de la humanidad, procuraría cimientos seguros para levantar una nueva torre de Babel. Es decir: primero la muralla; luego la torre. El libro se hallaba entonces en todas las manos, pero reconozco que aun hoy no comprendo bien cómo se imaginaba esta construcción. ¿Cómo la muralla, que ni siquiera era una circunferencia, sino tan sólo un cuadrante o media circunferencia, había de proporcionar los cimientos para una torre? Sólo podía tener un sentido espiritual. Pero, ¿para qué entonces la muralla, que era algo real, producto de los sacrificios y vidas de centenares de miles? ¿Y para qué se habían dibujado en la obra planos —ciertamente nebulosos— de la torre, y efectuado cálculos, hasta en los pormenores, de cómo debían sumarse las energías populares en la nueva y poderosa construcción?

Había entonces tanta confusión en las cabezas —este libro es un simple ejemplo—, tal vez precisamente porque tantos procuraban unirse en un solo propósito. La criatura humana, frívola, ligera, como el polvo, no soporta ligaduras; y si se las impone ella misma, pronto, enloquecida, comenzará a tironear hasta despedazar murallas, cadenas y a sí misma.

Es posible que ni aun estas consideraciones adversas a la construcción de la muralla hayan sido pasadas por alto por la Conducción al decidirse el sistema de construcción parcial. Sólo deletreando las disposiciones de la suprema Conducción hemos llegado —hablo aquí ciertamente en nombre de muchos— a conocernos nosotros mismos y a encontrar que sin la Conducción no habría alcanzado nuestra sabiduría escolar a nuestro entendimiento para el modesto cargo que teníamos en el gran conjunto. En el cuarto de la Conducción —nadie de los que interrogué supo decirme dónde estaba y quiénes se sentaban allí—, en este cuarto giraban seguramente todos los pensamientos y deseos humanos y en círculos contrarios todas las metas y realizaciones. A través de la ventana caía sobre las manos de la Conducción que dibujaban planos, el reflejo de los mundos divinos.

Por eso el observador insobornable no alcanza a comprender que la Conducción, de proponérselo seriamente, no hubiese superado también los obstáculos que podían oponerse a una construcción parcial. Pero la construcción parcial era sólo una solución de emergencia e inadecuada. Luego, la Conducción ha querido algo inadecuado… ¡Extraña conclusión!… Ciertamente, y sin embargo tiene desde otro punto de vista alguna justificación. En aquel entonces era máxima secreta de muchos y aun de los mejores: «Trata con todas tus fuerzas de comprender las disposiciones de la Conducción, pero sólo hasta determinado límite; allí cesa de reflexionar.» Máxima muy juiciosa que, por lo demás, había de tener nueva expresión en la parábola muy repetida más tarde: «No porque pueda dañarte,

cesa de reflexionar, pues tampoco es seguro que pueda dañarte.» Aquí no se trata de daño ni de no daño. Te sucederá como al río en primavera. Crece, se hace más caudaloso, alimenta más sustanciosamente la tierra de sus largas riberas, conserva su propia esencia hasta más adentro del mar, pero se hace también más semejante y grato a éste… «Hasta allí reflexiona sobre las disposiciones de la Conducción.» Pero después el río sale de madre, pierde contornos y figura, hace más lento su curso, intenta contrariar su destino, formar pequeños mares interiores, daña los campos, y sin embargo, no consigue mantenerse en sus conquistas, retrocede a su lecho y aun se seca lamentablemente en la siguiente estación de los calores… «No reflexiones hasta allí sobre las disposiciones de la Conducción.»

Esta parábola, tal vez muy exacta durante la construcción de la muralla, tiene valor muy limitado para mi actual informe. Mi investigación es sólo histórica; los nubarrones desvanecidos hace mucho ya no engendran rayos, y por ello puedo buscar una explicación de la construcción parcial que vaya más allá de lo que satisfacía entonces. Los límites que me impone mi capacidad mental son bastante estrechos; el territorio, en cambio, que habré de atravesar, es infinito.

¿De quiénes debía protegernos la gran muralla? De los pueblos del norte. Soy de la China sudoriental. Ningún pueblo del norte puede amenazarnos aquí. Leemos acerca de ellos en los libros de los antiguos; y bajo nuestras plácidas glorietas los horrores que cometen nos hacen gemir. En los cuadros de los artistas, fieles a la realidad, vemos estos rostros de maldición, desmesuradamente abiertas las fauces, los dientes prontos a desgarrar y a triturar; los ojos ya bizqueando hacia el botín. Si los niños se portan mal, les mostramos estas figuras; llorosos se nos arrojan al cuello. Pero eso es todo cuanto sabemos de los nórdicos. Nunca los hemos visto y si permanecemos en nuestra aldea no los veremos jamás, por más que fustiguen sus salvajes caballos y corran a nuestro encuentro… El país es demasiado extenso y no los dejaría llegar… Por más que corran se perderán en el aire.

Y si es así, ¿por qué abandonamos el terruño, el río y los puentes, al padre y a la madre; a la mujer que llora y al niño que hay que educar, y nos alejamos para aprender en la ciudad distante, y nuestros pensamientos están más al norte aún, junto a la muralla? ¿Por qué? Pregunta a la Conducción. Ella nos conoce. Ella que empuja y hace rodar sus enormes responsabilidades, sabe de nosotros, conoce nuestra pequeña industria, nos ve a todos reunidos, sentados en la choza, y la oración que al anochecer dice el más anciano en el círculo de los suyos, le es grata o ingrata. Y si me puedo permitir este pensamiento frente a la Conducción, debo decir que me parece que ella existía antes y que no se reunió de improviso, como los mandarines que, incitados por un hermoso sueño matinal convocan a sesión urgente; resuelven, y ya a la noche hacen batir el parche y sacan a los pobladores de la cama, para cumplir lo resuelto, aunque sólo sea para organizar una iluminación en honor de un dios que se mostró ayer favorable al señor, para mañana, apenas extinguidos los faroles, apalearlos en algún oscuro rincón. Más bien la Conducción existió desde siempre, lo mismo que la decisión de construir la muralla. ¡Inocentes pueblos del norte, que creían haberla provocado; inocente y venerable emperador que creía haberla ordenado! Nosotros, los de la construcción, lo sabemos mejor y callamos.

Ya entonces, durante la construcción, y más tarde, hasta hoy, me he ocupado casi exclusivamente de historia comparada —hay determinadas cuestiones a cuyo nervio sólo se puede llegar con este

procedimiento— y encontré que nosotros, los chinos, tenemos determinadas instituciones sociales y estatales de claridad y otras de oscuridad inigualables. Siempre me excitó y todavía me excita, investigar las causas, especialmente las del último fenómeno; también la construcción de la muralla está afectada esencialmente por tales cuestiones.

Una de nuestras más vagas instituciones es en todo caso el imperio. Naturalmente, en la corte, en Pekín, hay alguna claridad acerca de ella, si bien más aparente que real. También los maestros de derecho del estado y de historia en las altas escuelas afirman estar minuciosamente informados de estas cosas y poder trasmitir su conocimiento a los estudiantes. A medida que se desciende a las escuelas inferiores, desaparecen —es comprensible— las dudas acerca del propio saber; una instrucción mediocre encrespa montañas alrededor de algunos dogmas hincados hace siglos, que, por cierto, no han perdido nada de su eterna sabiduría, pero que permanecen también confusos por toda la eternidad en medio de esta bruma y de esta niebla.

En mi opinión, precisamente acerca del imperio, debía consultarse al pueblo, ya que tiene en éste sus últimos puntales. Y aquí nuevamente sólo puedo hablar de mi propia patria. Aparte de las divinidades campestres y de su culto, que en tan hermosa variación llena todo el año, nuestros pensamientos sólo se dirigen al emperador o, más bien, se dirigirían al actual si lo hubiéramos conocido o hubiéramos sabido algo preciso de él. Ciertamente, siempre hemos querido informarnos acerca de esto —nuestra única curiosidad— pero, por extraño que parezca, era imposible averiguar nada, ni por el peregrino que atraviesa muchos países, ni en los pueblos cercanos o distantes, ni por los barqueros que no sólo navegan nuestros riachos, sino también los ríos sagrados. Ciertamente, se oía mucho, pero sin sacar nada en limpio.

Nuestro país es tan grande que ninguna leyenda se aproxima a su grandeza, el cielo alcanza apenas a cubrirlo, y Pekín es sólo un punto y el palacio imperial un punto más pequeño aún. Así también el emperador, como tal, es grande a través de todos los pisos del mundo. Pero el emperador viviente, un hombre como nosotros, yace a semejanza de nosotros en una cama que, si bien es de dimensiones generosas, sólo puede ser estrecha y corta. Como nosotros, se distiende a veces, y si está muy cansado bosteza con su boca de tierno diseño. ¿Pero cómo podíamos enterarnos de ello —miles de millas al sur— si casi limitamos con las alturas del Tibet? Además, cada noticia, aunque nos alcanzara, llegaría demasiado tarde, ya anticuada. En torno al emperador se aglomera la brillante pero oscura multitud de los palaciegos —maldad y enemistad en ropa de criados y amigos—, el contrapeso en la balanza del imperio, procurando sacar, con sus flechas envenenadas, al emperador del otro platillo. El imperio es eterno, pero el emperador aislado, cae; aun dinastías enteras se hunden finalmente y expiran en un solo estertor. De estas luchas y sufrimientos jamás se enterará el pueblo; como forasteros, rezagados, están al final de las repletas callejas laterales, comiendo tranquilamente la merienda traída, mientras en la plaza del mercado, en el medio, bien adelante, se lleva a cabo la ejecución de su señor.

Hay una leyenda que expresa bien esta relación. El emperador, así dice, te ha enviado a ti, al mísero súbdito, a la ínfima sombra que ante el sol imperial se ha refugiado en la más remota lejanía, justamente a ti, el emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Ha hecho arrodillar al mensajero y le ha transmitido el mensaje en un susurro; tan importante era para él que se lo hizo

repetir al oído. Con movimientos de cabeza corroboró luego la repetición. Y ante todos los espectadores de su muerte —las paredes molestas se retiran y sobre las escalinatas que se extienden a lo ancho y a lo alto, se hallan en círculo los grandes del imperio—, ante todos éstos despachó al mensajero. Éste partió en el acto; hombre fuerte, incansable; adelantando ya un brazo, ya el otro, se abre camino a través de la multitud; si encuentra resistencia, se señala el pecho donde se halla el emblema del sol; y logra avanzar con facilidad, como ninguno. Pero la multitud es muy grande, sus viviendas no tienen fin. Si se abriera el campo libre, ¡cómo volaría!, y pronto oirías los soberbios golpes de sus puños en tu puerta. Pero, en cambio, qué inútilmente se afana; todavía se aprieta a través de las estancias del palacio interior; nunca las superará; y aunque lo lograra, nada se habría ganado; tendría que luchar escaleras abajo, y si lograra esto, nada se habría ganado; habría que atravesar los patios; y luego de los patios el segundo palacio que los rodea; y nuevamente escaleras y patios; y de nuevo un palacio; y así sucesivamente durante milenios; y si por fin se precipitara desde el último portal —pero nunca, nunca puede suceder esto— sólo se extendería ante él la ciudad residencial, el centro del mundo, colmado de su resaca. Nadie consigue pasar aquí y menos con el mensaje de un muerto… Pero tú, sentado ante la ventana, lo sueñas cuando llega la noche.

Así, desesperadamente y lleno de esperanzas, ve nuestro pueblo al emperador. No sabe qué emperador gobierna y hasta hay dudas acerca del nombre de la dinastía. En la escuela mucho se aprende, pero la inseguridad general es tan grande en este aspecto que hasta el mejor alumno naufraga en ella. Emperadores muertos hace tiempo son elevados al trono en nuestros pueblos; y el que vive ya tan sólo en la canción ha emitido hace poco un bando que el sacerdote lee ante el altar. Batallas de nuestra más antigua historia se libran ahora, y con el rostro ardiente se precipita el vecino en tu casa con la noticia. Las mujeres imperiales, ahítas de comida, entre almohadones de seda, desviadas de la noble usanza por astutos palaciegos, henchidas de ambición de poder, violentas en su avaricia, desbordantes de voluptuosidad, siempre reinciden en sus fechorías. Cuanto más tiempo ha transcurrido, más horribles lucen los colores, y con gritos de dolor se entera alguna vez la aldea de cómo hace milenios una emperatriz bebió a lentos sorbos la sangre de su marido. Así procede pues el pueblo con lo pasado; a los actuales gobernantes en cambio los mezcla con los muertos. Si alguna vez, quizá una durante una vida humana, llega casualmente a nuestro pueblo un funcionario imperial que recorre la provincia, formula en nombre de los gobernantes cualquier exigencia, comprueba las listas de tributos, asiste a la enseñanza en las escuelas, pregunta al sacerdote por nuestro comportamiento y resume todo, antes de ascender a su litera, en largas recomendaciones a la comunidad congregada en su presencia; entonces una sonrisa ilumina todos los rostros, cada uno mira con disimulo a los demás y se inclina sobre los niños para escapar a la observación del funcionario. Como, piensa uno, habla de un muerto como de un vivo, este emperador hace tiempo que está muerto, la dinastía extinguida, el señor funcionario se burla de nosotros; y hacemos como si no lo notáramos para no mortificarlo. Pero sólo obedeceremos en serio a nuestro actual señor; lo contrario sería pecado. Y mientras la litera del funcionario se aleja de prisa, uno cualquiera, sacado arbitrariamente de una urna ya desintegrada, se erige con paso retumbante en señor del pueblo.

En forma parecida, las transformaciones estatales y las guerras contemporáneas afectan poco a

nuestra gente. Recuerdo aquí un suceso de mi juventud. En una provincia vecina, a pesar de ello muy distante, se había producido un levantamiento. No me acuerdo de las causas y tampoco vienen al caso. Motivos para levantamientos, los hay allí cada mañana, es un pueblo muy inquieto. El hecho es que un mendigo, que había atravesado aquella provincia, trajo a casa de mis padres un volante de los rebeldes. Era precisamente un día de fiesta; los huéspedes llenaban nuestras habitaciones, en medio estaba el sacerdote y estudiaba el papel. De pronto, todo el mundo comenzó a reír, la hoja fue rota en el tumulto, el mendigo que ya había sido objeto de múltiples regalos, fue sacado de la habitación a empellones y todo el mundo se dispersó y salió al aire libre para gozar del bello día. ¿Por qué? El dialecto de la provincia vecina se diferencia del nuestro en forma esencial, lo que se manifiesta también en determinados giros de la expresión escrita, anticuados para nosotros. Con leer el sacerdote sólo dos páginas, nuestra decisión estuvo tomada. Cosas viejas, oídas hace mucho, que ya no dolían. Y aunque —así me parece en el recuerdo— la vida hablaba horrorosa e irrebatible a través del mendigo, todos movían la cabeza riendo y no querían oír más. Tan dispuesto se está entre nosotros a sofocar el presente.

Si de tales fenómenos quisiera deducirse que en el fondo carecemos de emperador, no se estaría muy lejos de la verdad. Siempre debo repetirlo: no hay quizá pueblo más fiel al emperador que el nuestro; pero esta fidelidad no beneficia al emperador. Por cierto que sobre la pequeña columna a la salida del pueblo está el dragón sagrado y envía desde tiempo inmemorial el homenaje de su ígneo aliento exactamente en dirección de Pekín; pero Pekín mismo es para la gente del pueblo más desconocido que la vida del más allá. ¿Existirá en realidad un pueblo en que las casas están una junto a la otra, cubriendo campos, más extenso que hasta donde alcanza la mirada desde nuestra colina, y entre cuyas casas hay gente hacinada de día y de noche? Más fácil que imaginar semejante ciudad nos resulta creer que Pekín y el emperador son una sola cosa, una nube por ejemplo, plácidamente cambiante bajo el sol en el transcurso de los tiempos.

La consecuencia de tales opiniones es una vida en cierto modo libre, sin dominación. De ninguna manera licenciosa; en mis viajes no he encontrado casi en ningún lugar pureza de costumbres como la nuestra. Pero sí una vida que no se halla bajo ningún género de leyes actuales, sino que sólo atiende las exhortaciones y advertencias que nos llegan desde remotas edades.

Me cuido muy bien de generalizar y no afirmo que así suceda igualmente en los diez mil pueblos de nuestra provincia o en las quinientas provincias de China. Pero sí puedo afirmar, en virtud de los muchos escritos que sobre esto he leído, y por mis propias observaciones —especialmente durante la construcción de la muralla, cuando el material humano daba ocasión de viajar a través de las almas de casi todas las provincias—, en virtud de todo esto tal vez pueda decir que la idea predominante acerca del emperador ofrece siempre y en todas partes los mismos rasgos fundamentales que en mi pueblo. No quiero hacer valer esta idea como virtud; al contrario. Es verdad que principalmente el gobierno es responsable de no haber logrado hasta hoy —o de haber desatendido este asunto entre otros—, de no haber podido llevar en el imperio más antiguo de la tierra la institución del imperio a tal grado de claridad que sus efectos llegaran inmediata y continuamente hasta las más lejanas fronteras. Por otra parte, hay en ello una debilidad de la imaginación o de la fe del pueblo, incapaz de atraer el imperio, sacándolo de la abyección de Pekín, para apretarlo, vivo y actual, contra su

pecho de súbdito que no desea otra cosa que experimentar por fin este contacto y perecer en él.
Esta concepción no es pues una virtud. Tanto más llamativo es que precisamente esta debilidad parezca constituir uno de los más importantes medios de unión de nuestro pueblo y, si me puedo aventurar a tanto en la expresión, que sea realmente el suelo sobre el cual vivimos. Fundar aquí ampliamente una crítica, no sólo significaría zamarrear nuestras conciencias, sino también nuestras piernas, lo que sería mucho más grave. Por eso no quiero ir por el momento más allá en la investigación de este problema.